

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LAS SUECAS MUEREN ASI

Joseph Berna





PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

**LAS SUECAS
MUEREN ASI**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.038
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 268 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1982

1ª edición en América: septiembre, 1982

© Joseph Berna - 1982

texto

© Jorge Sempere - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.629 —La fórmula KG-202.

En Colección KANSAS:

843 —La elección de miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

572 —¡DESENFUNDA, LENTORRO!

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

513 —A golpe de gatillo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.031 —El halcón de oro.

En Colección CALIFORNIA:

1.318 —Las hijas de Thomas Dillon.

CAPÍTULO PRIMERO

Elke Larson entró en su apartamento.

Un apartamento pequeño, de alquiler, nuevo y decorado con buen gusto. Formaba parte de un edificio de ocho plantas, ubicado en un moderno barrio parisino.

Elke Larson había nacido en Suecia, pero llevaba ya casi dos años viviendo en París. Era bailarina, y actualmente trabajaba en La Ardilla Roja, un popular club nocturno.

Como casi todas las mujeres de raza nórdica, Elke tenía el cabello muy rubio. Sus ojos, grandes y azules, ligeramente rasgados, miraban casi siempre de forma picarona y atrevida, y sus labios, llenos y jugosos, solían formar mohines cargados de sensualidad.

Elke Larson contaba veinticuatro años de edad, medía 1,72 de estatura, y tenía las piernas muy largas y maravillosamente formadas, como casi todas las bailarinas profesionales. El resto de sus medidas, busto, cintura y caderas, también resultaban envidiables.

Con gesto cansado, Elke se dirigió a la cocina, se preparó un gran vaso de leche desnatada, y con él en las manos caminó hacia su dormitorio.

Antes de dejar el vaso sobre la mesilla de noche, Elke bebió un largo trago de leche. Le gustaba así, fresca y sin azúcar. Si la prefería desnatada, era porque ella cuidaba mucho su figura. Su profesión se lo exigía.

Elke Larson se desvistió completamente.

Así, tal como vino al mundo, sólo que mucho más crecida, la bailarina se contempló en el espejo del armario ropero, pudiendo comprobar que seguía poseyendo un cuerpo portentoso.

Se miró de frente, de espaldas y de perfil.

Como le pareció todo perfecto, sonrió satisfecha y volvió a coger el vaso de leche. Así, en traje de Eva, bebió otro largo trago.

No llegó a apurar el vaso. Quedaba leche para un tercer y definitivo trago.

Elke lo dejó nuevamente en la mesilla y extrajo su equipo de dormir, compuesto por un cortísimo camisón, de gasa transparente, y un frívolo pantaloncito que hacía juego con él.

La bailarina se colocó ambas prendas.

Si sería corto el camisoncito, que le quedaba un par de dedos por encima de las sucintas braguitas.

Luciendo tan tentadora indumentaria, Elke Larson acabó de beberse la leche, se tumbó en la cama, sin molestarse en cubrirse con la sábana, porque hacía más bien calor, apagó la luz de la mesilla de noche, y se dispuso a dormir.

No tardó en conciliar el sueño. Entre otras cosas, porque eran más de las cuatro de la mañana.

La Ardilla Roja solía cerrar sus puertas pasadas las tres, y mientras Elke se cambiaba de ropa y llegaba a su casa, se hacían inevitablemente las cuatro de la madrugada.

Claro que, en justa contrapartida, la bailarina dormía hasta el mediodía. Raramente abandonaba la cama antes de las doce. Y solía dormir todas esas horas de un tirón.

Aquella noche, sin embargo, no iba a ser así.

No llevaría todavía ni media hora dormida, cuando algo la despertó.

Elke Larson no supo exactamente qué fue, si un ruido, una voz que pronunciaba su nombre, o el contacto de una mano en alguna zona de su prácticamente desnudo cuerpo.

El caso fue que se despertó, ligeramente asustada.

La bailarina levantó la cabeza de la almohada y miró a su alrededor, pero la oscuridad de la habitación le impidió descubrir nada.

Elke movió el brazo, con intención de encender la luz de la mesilla de noche, pero no llegó a alcanzar el interruptor. Su mano quedó suspendida en el aire, temblorosa.

En realidad, todo su cuerpo había empezado a temblar, porque, aunque no podía verlo, la bailarina «sabía» que había alguien en su habitación.

Escuchaba su respiración.

Leve.

Acompasada.

Tranquila.

Elke Larson, por el contrario, contenía el aliento.

No se atrevía a respirar.

Ni a encender la luz.

Quería saber quién se había colado en su apartamento y con qué intenciones, pero el miedo la tenía atenazada, inmóvil, paralizada.

Tampoco se atrevía a gritar.

Podía tratarse de un asesino, de un loco criminal, y si ella chillaba, el intruso podía pegarle un tiro o asestarle una feroz cuchillada, según el tipo de arma que llevase.

Porque Elke no dudaba que el misterioso individuo iría armado.

La bailarina seguía oyendo su pausada respiración, pero continuaba sin saber en qué lugar exactamente de la habitación se encontraba, por culpa de la oscuridad.

De pronto, se escuchó un ruido y la luz de una llama iluminó uno de los ángulos del dormitorio.

Elke Larson ahogó un grito de terror y miró hacia allí, con ojos desorbitados.

El intruso había encendido una cerilla, pero la mantenía a baja altura, para que no alumbrase su cara.

La aterrada bailarina vio la mano que sostenía la cerilla.

Una mano grande, fuerte, velluda.

Vio, también, las piernas del hombre.

Unas piernas largas, musculosas, enfundadas en un ceñido pantalón negro. También era negro el ajustado suéter de algodón que cubría el amplio torso del desconocido, dibujando los músculos de su estómago y de su pecho.

El fósforo seguía consumiéndose.

Ya casi quemaba los dedos del hombre.

Súbitamente, el intruso dejó caer la cerilla al suelo y la pisó.

En la habitación se hizo de nuevo la oscuridad.

Elke Larson no pudo reprimir un gemido de angustia.

Seguía paralizada por el pánico, sin decidirse a encender la luz de la mesilla, a gritar, o a saltar de la cama y echar a correr.

No se atrevió a hacer ninguna de las tres cosas, porque ella sólo había visto una de las manos del tipo, la derecha, y se decía que en la otra, la izquierda, debía sostener la pistola o el cuchillo. Por eso

el individuo la había mantenido oculta, mientras había durado la llama de la cerilla.

Los temblores de la bailarina continuaban, sus ojos seguían dilatados, su corazón latía muy deprisa, y de vez en cuando fallaba, debido al exceso de tensión.

Repentinamente, la llama de otro fósforo iluminó aquel ángulo del dormitorio.

Elke tuvo un nuevo fallo cardíaco, y todos sus síntomas de pánico se acentuaron cuando la llama de la cerilla ascendió lentamente y empezó a vislumbrarse la cara del sujeto.

¡Y qué cara, madre!

¡Era talmente la de un gorila!

La bailarina se disponía a chillar con todas sus fuerzas, cuando oyó decir al tipo:

—No grites, Elke. Sólo es una careta de goma.

Esto, el que sólo se tratara de una máscara, unido al hecho de que el intruso conociera su nombre, hicieron que la sueca reprimiera su chillido de terror.

—Puedes encender la luz de la mesilla, Elke —indicó el tipo—. Hazlo, no tengas miedo.

La bailarina estiró el brazo, atrapó nerviosamente el interruptor, y lo accionó. La lámpara se encendió, iluminando completamente la habitación.

El intruso apagó el fósforo y lo arrojó al suelo.

Los espantados ojos de Elke Larson buscaron la mano izquierda del individuo, pero éste la mantenía oculta detrás de su cuerpo, y la bailarina continuó sin saber qué tipo de arma llevaba.

Instintivamente, la hermosa sueca atrapó la rosada sábana y se cubrió con ella hasta el cuello, quedando sentada en la cama.

—¿Quién es usted? —preguntó, con trémula voz.

—Puedes llamarme Jacques.

—¿Cómo consiguió colarse en mi apartamento?

—No fue difícil.

—¿Qué es lo que quiere, Jacques?

—Charlar contigo, Elke.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Se lo pregunté a una de las camareras de La Ardilla Roja.

—¿Ha estado en el club?

—Sí, varias veces.

—¿Por qué esa careta de gorila?

—No quiero que veas mi cara.

—¿Tan feo es?

—No es por eso.

—Entonces, es que trae malas intenciones.

—Según se mire. A mí no me parecen malas, desde luego. Las encuentro de lo más normales, teniendo en cuenta que yo soy un hombre y tú una mujer, joven, atractiva y deseable como pocas.

Elke Larson se estremeció.

Las intenciones del desconocido parecían muy claras.

No obstante, la bailarina quiso que el tipo se lo confirmara.

—¿Pretende... abusar de mí? —preguntó, con un hilo de voz.

—No me gusta esa palabra. Deseo hacer el amor contigo, eso es todo. Me fijé en ti la primera noche que estuve en el club, y me gustaste mucho. Eres la chica más bonita del *ballet*, la más apetecible, la más excitante. Desde esa noche, sueño con poseerte. Quiero que seas mía, Elke.

—¿Y si me niego...?

El intruso dejó ver su mano izquierda.

La bailarina clavó sus ojos en la pistola que esgrimía el tipo.

El arma iba provista de silenciador.

El individuo apuntó a la cara de la bella sueca y respondió:

—Si no consientes, te meteré una bala en la frente y me desahogaré con otra muchacha joven y atractiva. Hay muchas en París.

CAPÍTULO II

El comisario Arnoux contemplaba el cadáver de Elke Larson.

La bailarina sueca tenía un feo agujero en la frente, causado por la bala que le había destrozado la masa encefálica, ocasionándole la muerte instantánea.

Los ojos de la desgraciada continuaban abiertos, expresando un terror infinito. Su boca, entreabierta, formaba una horrible mueca. Sus manos, terriblemente crispadas, aferraban la sábana con desesperación, como si quisieran destrozarla.

El cuerpo sin vida de Elke Larson yacía, completamente desnudo, sobre la cama. Tirados en el suelo, cerca del lecho, se veían el corto camisón transparente y el frívolo pantaloncito que hacía juego con él.

Ambas prendas estaban intactas, sin la menor señal de violencia.

Tampoco el cuerpo de la infortunada bailarina tenía señales de golpes o heridas. Sólo aquel espantoso orificio en la frente, producido por la bala que le había segado la vida en plena juventud.

Una bala que le había sido disparada desde muy cerca, de eso no cabía la menor duda. Como tampoco cabía la menor duda de que Elke Larson había sido violada por su asesino, antes de acabar con ella. Las manchas de esperma masculino lo confirmaban.

Lucien Arnoux, un joven comisario, ya que sólo tenía treinta y dos años de edad, salió silenciosamente del dormitorio de la asesinada bailarina.

Era un hombre alto, delgado, pero con una espalda amplia y unos hombros robustos. Poseía un rostro enérgico, varonil, que imponía respeto. Vestía un traje color hueso, fresco y ligero. Tenía el pelo oscuro, un tanto rizado, y la tez morena.

En la habitación donde se había cometido el crimen, quedaron el médico forense, el fotógrafo del departamento, y el sargento Floriot,

que siempre acompañaba al comisario Arnoux en sus investigaciones.

Guy Floriot era un tipo de estatura media, corpulento, cabeza redonda, cuello corto y grueso. Tenía treinta y ocho años de edad, las cejas muy pobladas, la nariz aplastada, como si fuese un boxeador retirado, y era prematuramente calvo, lo cual disimulaba llevando siempre sombrero.

Lucien Arnoux se acercó a Monique Nerval, la muchacha que descubriera el asesinato de Elke Larson. Se trataba de una joven de cabello cobrizo, bonita, esbelta. Vestía un ajustado pantalón amarillo y una miniblusa de tirantes, de un rojo vivo, que dejaba al descubierto casi todo su estómago. Calzaba zapatos rojos y blancos, de alto tacón.

Monique Nerval sollozaba silenciosamente, derrumbada literalmente en el sofá del *living*. El comisario Arnoux se sentó a su lado, extrajo una cajetilla de emboquillados, y se la ofreció a la muchacha.

Ella denegó con la cabeza.

Lucien insistió:

—Fumar la ayudará a serenarse, Monique. Y yo necesito que esté serena. Tengo que hacerle algunas preguntas, y sus respuestas pueden ayudarnos a descubrir al asesino de Elke. Vamos, deje de llorar y coja un cigarrillo.

La joven se secó las lágrimas con el pañuelo que tenía entre sus manos, y tomó un cigarrillo. Se lo puso entre los labios. Unos labios finos, preciosos, aunque ahora estaban faltos de color y temblaban ligeramente.

El comisario Arnoux extrajo su encendedor, lo accionó, y acercó la llama a la punta del cigarrillo.

Monique Nerval encendió el pitillo y expulsó una bocanada de humo.

—Gracias, comisario —dijo, con voz apagada.

Lucien Arnoux se llevó también un cigarrillo a los labios y le prendió fuego.

—Cuéntemelo todo desde el principio, Monique. Por teléfono fue usted muy breve, y se hallaba tan excitada, que no entendí algunas de las cosas que dijo.

La joven asintió con la cabeza y empezó a hablar:

—Soy bailarina, y actualmente trabajo en La Ardilla Roja.

—Conozco ese club —dijo Lucien—. Aunque hace tiempo que no he estado por allí. Continúe, Monique.

—Elke Larson formaba parte del *ballet*. Además de compañeras, Elke y yo éramos amigas. Por eso, cuando esta tarde no acudió al ensayo, me preocupé y le llamé por teléfono desde el club. Al ver que no contestaba, mi preocupación aumentó y decidí venir a su apartamento. La puerta parecía cerrada, pero no lo estaba; sólo se hallaba entornada. Entré y la llamé, pero no obtuve respuesta. Me dirigí a su dormitorio. La puerta se encontraba igualmente entornada. La empujé y... ¡Dios mío, que espectáculo tan horrendo! —exclamó la muchacha, rompiendo de nuevo en amargos y convulsivos sollozos.

Al ver que la joven se cubría el rostro con sus manos, el comisario Arnoux se atrevió a pasarle el brazo por los hombros y la atrajo suavemente hacia sí.

—Trate de sobreponerse, Monique.

La muchacha, de una forma inconsciente, se refugió en el atlético pecho de Lucien Arnoux.

—¡No puedo, comisario! ¡Lo intento, pero no lo consigo!

Lucien la rodeó tiernamente con su otro brazo.

—Haga un esfuerzo, Monique, se lo suplico. Tengo que saber más cosas de Elke Larson. Todo lo que usted pueda decirme.

La bailarina permaneció casi un minuto callada.

Después, frenado ya su llanto, levantó la cabeza, se pasó el pañuelo por los ojos, de pupilas verdosas, y dijo:

—Está bien, comisario. Le seguiré hablando de Elke. Era una chica estupenda. Y una magnífica bailarina. La mejor del *ballet*, en mi opinión. El público reparaba inmediatamente en ella. Poseía, además, un cuerpo escultural. Las suecas tienen fama de eso, de ser guapas y de estar muy bien formadas. Y Elke hacía honor a ello. Casi todas las noches recibía proposiciones.

—¿Se refiere a...?

Monique Nerval asintió con la cabeza.

—Sí, comisario. Ya sabe usted la clase de ambiente que se vive en esa clase de clubs. Llega un cliente, se fija en alguna de las camareras o de las bailarinas, y le ofrece una cantidad por irse a la cama con él. Generalmente, la chica acepta, porque el dinero nunca

viene mal.

—Entiendo —carraspeó Lucien.

—No se engañe, comisario. Elke jamás aceptó ese tipo de proposiciones. Y yo tampoco. Por eso éramos tan buenas amigas. Teníamos mucho en común, aparte de nuestra profesión.

—¿Me está diciendo que Elke Larson era una puritana?

—No, eso tampoco, comisario. Elke no tenía nada de puritana. Era una chica totalmente liberada, como la mayoría de las suecas. También las francesas lo somos. Sin embargo, existe una gran diferencia entre una chica liberada y una vulgar prostituta.

—Evidentemente —tosió Lucien.

—Elke jamás se hubiera entregado a un hombre por dinero, comisario. Eso sólo lo hacen las putas, y ella no lo era. Sin embargo, cuando conocía a un hombre y se sentía atraída hacia él, no le importaba hacer el amor con él. Pero tenía que ser así, porque el hombre le gustase y ella deseara entregarse a él. Hacer el amor así, no es sucio. Por dinero, sí.

—Estoy de acuerdo, Monique.

—Me alegra que piense como yo, comisario.

—¿Qué cree que pasó aquí anoche, Monique?

—No lo sé, pero me lo imagino. Cuando Elke llegó, el asesino debía de estar esperándola. O tal vez la siguió desde el club. En cualquier caso, el tipo logró sorprenderla y la amenazó con su pistola. O se dejaba violar, o le pegaba un tiro. Es algo que, por desgracia, ocurre muy a menudo. Y no sólo en Francia, sino en todos los países. El número de mujeres forzadas aumenta cada día.

—Tiene usted razón, Monique. Nosotros hacemos lo que podemos, pero...

—No es suficiente, comisario. Cuando atrapan ustedes a un violador, lo meten unos años en la cárcel y luego lo sueltan. Es un castigo muy leve, porque en las cárceles de ahora se está casi tan bien como en un hotel. Los presos tienen hasta televisión. Por eso cada vez hay más delincuentes. Si al tipo que ultraja a una mujer lo castraran de inmediato, otro gallo nos cantaría.

—Quizá sea ése el castigo que merezcan, pero no se les puede aplicar.

—Ya sé que no. Y así nos van las cosas, comisario. Cualquier mujer joven y atractiva está expuesta a verse asaltada, en plena

calle o en su propia casa, por un tipo sin escrúpulos, capaz de llegar incluso al asesinato si la víctima se niega a satisfacer sus viles deseos.

—A primera vista, parece que Elke Larson no se opuso a complacer a su asesino —observó Lucien.

—¿Cómo lo sabe?

—Su cuerpo no tiene señales de golpes, su camisón y su prenda íntima no están desgarradas... Todo parece indicar que, al hallarse bajo la amenaza de una pistola, Elke accedió a despojarse del camisón y del pantaloncito, y se entregó sumisamente al asesino.

—¿Por qué la mató, entonces?

—Eso ya no lo sé. Quizá para que no pudiera denunciarle, si es que Elke le vio la cara.

—Es posible que fuera por eso. En cualquier caso, Elke está muerta. Y fue violada por su asesino. Violación y asesinato. Dos delitos cometidos por el mismo hombre. Por un peligroso y repugnante maníaco sexual... —Las lágrimas asomaron nuevamente a los ojos de Monique Nerval.

Lucien Arnoux le oprimió cálidamente los desnudos hombros.

—Haremos lo imposible por atraparle, Monique. Se lo juro.

—Espero que lo consigan, comisario, antes de que ultraje y asesine a otra muchacha indefensa. Y, cuando lo juzguen, estaré presente en la sala. Quiero escuchar personalmente la sentencia del juez, y como no sea todo lo dura que el caso requiere, me pondré en pie y...

Monique Nerval no pudo seguir hablando, el llanto ahogaba sus palabras.

El comisario Arnoux, visiblemente emocionado por el dolor y el sufrimiento de la bailarina, la estrechó contra sí y le acarició los cobrizos cabellos, suavemente y en silencio.

Esta vez, no pidió a la muchacha que dejara de llorar.

Comprendía que Monique Nerval necesitaba dar rienda suelta a sus lágrimas, era la única forma de desahogarse.

CAPÍTULO III

Pierre Rousseau, el propietario de La Ardilla Roja, rasgó un fósforo y aplicó la llama al extremo del colosal puro que mordían sus dientes.

Era un hombre de mediana edad, bastante alto, robusto, musculoso.

Vestía impecablemente, pero no le servía de mucho.

Y es que, aunque la mona se vista de seda...

Pierre Rousseau era un tipo rudo y feo, y por mucho dinero que gastase adquiriendo los mejores trajes, las mejores camisas, las mejores corbatas, y los mejores zapatos, seguiría siendo un tipo desagradable.

Lo único que de él atraía a las mujeres, era su billetera, siempre repleta de dinero, porque La Ardilla Roja era un magnífico negocio, gracias al cual se había hecho rico el bruto de Pierre.

Bruto, sí, porque lo era, además de rudo y feo.

Pierre Rousseau se encontraba en su despacho, repantigado en su sillón, esperando la llegada de Monique Nerval. Sabía que Elke Larson no había acudido al ensayo aquella tarde, y que Monique había decidido personarse en el apartamento de Elke, en vista de que la sueca no respondía a las llamadas telefónicas.

Estaba acabando de encender el fenomenal habano, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —autorizó, todavía con el cigarro en la boca, despidiendo más humo que una locomotora.

La puerta se abrió y Monique Nerval entró en el despacho.

Una Monique seria, pálida, con los ojos enrojecidos.

Pierre Rousseau dejó caer la cerilla en el cenicero de plata que descansaba sobre su magnífica mesa, y se quitó el puro de entre los dientes.

—Tú has llorado, Monique —adivinó.

—Sí, señor Rousseau —admitió la bailarina.

—¿Por qué?

—Elke Larson...

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Está enferma? ¿Ha sufrido algún accidente?

Monique Nerval, haciendo esfuerzos para no echarse a llorar de nuevo, comunicó:

—Elke ha muerto, señor Rousseau.

El dueño del club dio tal respingo que el habano saltó de su mano y cayó al suelo, rodando por él.

—¿Qué...? —exclamó a continuación.

—La asesinaron en su apartamento, después de violarla.

—Cielos, no... —musitó Pierre, estremeciéndose de forma perceptible.

—Me la encontré en su cama, completamente desnuda, rígida, con una expresión horrible... Le habían disparado un tiro en la frente.

—¿Avisaste a la policía?

—Sí, inmediatamente. Acudieron a los pocos minutos. El comisario Arnoux me interrogó. Más tarde vendrá por el club. También quiere interrogarle a usted.

Pierre Rousseau respingó de nuevo, aunque no tan fuerte como antes.

—¿A mí...?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque es el dueño del club en donde Elke Larson trabajaba actualmente, supongo. Y seguramente interrogará también a los empleados y al resto de las chicas del *ballet*. Es lo normal en estos casos, ¿no?

—Me temo que sí —rezongó Pierre—. Pero no me gusta, ¿sabes?

—¿El qué?

—Que la policía venga a mi local y empiece a interrogar a todo el mundo.

—La policía tiene la obligación de investigar, señor Rousseau.

—Que investigue, pero no en mi club. Aquí no hallará al asesino de Elke Larson.

—Pero puede encontrar alguna pista que...

—No digas tonterías, Monique —le cortó Pierre—. ¿O es que piensas que Elke fue violada o asesinada por alguno de los clientes del club?

—¿Por qué no?

Pierre le apuntó con el dedo índice, grueso, fuerte, y velludo.

—Piénsalo otra vez, y te despido en el acto —advirtió, visiblemente enfadado.

Monique Nerval no se atrevió a replicar.

Se consideraba una buena bailarina, pero no era ninguna fuera de serie. Buenas bailarinas, en París, había muchísimas, y bastantes de ellas estaban sin trabajo. Si Pierre Rousseau la despedía, seguramente tardaría algún tiempo en enrolarse en otro *ballet* que estuviese actuando.

Por eso no discutió con el dueño de La Ardilla Roja.

Quería conservar su empleo.

Pierre, sin borrar de su poco agraciado rostro la expresión de enfado, indicó:

—Puedes retirarte, Monique. Y no olvides lo que te he dicho.

La joven se apretó nerviosamente las manos.

—Quisiera pedirle un favor, señor Rousseau.

—¿Qué clase de favor?

—Que me dé permiso esta noche.

—¿Permiso para qué?

—Para irme a mi casa. No estoy en condiciones de actuar.

—¿De veras?

—Elke y yo éramos muy amigas, usted lo sabe. Su muerte me ha afectado mucho. Y más aún la forma en que murió. Me duele el estómago, me siento cansada, débil, asustada...

Pierre movió negativamente la cabeza.

—Lo siento mucho, Monique, pero no puedo darte permiso. Esta noche el *ballet* ya actuará sin Elke Larson. Y tú sabes que la sueca era la mejor del conjunto. Es, por tanto, una baja importante. Si también faltaras tú, se notaría ya demasiado. Tú también eres una excelente bailarina, Monique. Puede que la mejor del grupo, ahora que no está Elke. Comprenderás que...

—Hace un momento me amenazó usted con despedirme, señor Rousseau —recordó la muchacha—. No debo ser tan excelente, pues.

Pierre dio un manotazo al aire.

—Olvida lo que te dije, estaba enfadado. Me disgustó que pensaras que Elke Larson pudo ser violada y asesinada por alguno de los clientes del club. Si lo vas comentando por ahí...

—No lo he comentado con nadie. Ni siquiera con el comisario Arnoux. Sólo he hablado de esa posibilidad con usted. Y porque salió a la conversación.

—Está bien, no hablemos más de ello.

—Referente a lo del permiso...

—No insistas, Monique. Sabes que no puede ser. Actuarás esta noche y todo el mundo se fijará en ti.

—Seguro, porque me desplomaré en el escenario.

Pierre estuvo a punto de soltar un taco.

—No gastes esas bromas, Monique.

—Hablo en serio, señor Rousseau. Ya le he dicho que no me siento bien.

—Se te pasará. Aún faltan casi dos horas para vuestra primera actuación. Para entonces, te habrás recuperado del mal trago que para ti supuso encontrarte a Elke Larson como te la encontraste.

La bailarina movió la cabeza.

—Lo dudo, señor Rousseau. Pero, puesto que usted lo considera absolutamente necesario, trabajaré esta noche. Y tenga por seguro que me esforzaré por hacerlo lo mejor posible. Si me da un mareo, y me caigo en redondo, no será culpa mía, sino suya.

Dicho esto, Monique Nerval dio media vuelta y salió del despacho, dejando a Pierre Rousseau hondamente preocupado.

CAPÍTULO IV

Cuando el comisario Arnoux y el sargento Floriot se personaron el La Ardilla Roja, las miradas de todos los clientes se hallaban clavadas en el escenario.

Un escenario de forma semicircular, tan próximo al público, que algunos de los clientes podían tocar a las chicas del *ballet* con sólo alargar un poco el brazo.

Las exóticas luces de cuatro reflectores caían sobre el lujoso escenario. Habían entrado en funcionamiento justo en el instante en que aparecían las componentes del *ballet*, escasamente vestidas.

Tan escasamente vestidas que, si uno no se fijaba bien, pensaba que habían salido al escenario totalmente desnudas. En las cimas de los pechos llevaban solamente unos adornos metálicos, no mayores que una moneda, que a duras penas cubrían los pezones y las aureolas de los mismos.

Esto era todo, en la parte de «arriba».

En la de «abajo», un triangulito de tejido brillante, no mucho mayor que el nudo de una corbata, que se las veía y se las deseaba para cubrir lo más íntimo de su persona.

Dicho triangulito se mantenía sujeto por medio de unas finas cadenillas doradas que, después de ascender hasta el nacimiento de las caderas, descendían por la parte de «atrás» y desaparecían ambas por entre las redondas y prietas nalgas de las bailarinas, totalmente exhibidas.

La atrevidísima indumentaria se completaba con un conjunto de plumas, de distintos colores, que aún hacían parecer más altas a las chicas que formaban el *ballet*.

Habitualmente eran ocho, pero aquella noche, por la forzada baja de Elke Larson, sólo eran siete.

Siete chicas hermosas y exuberantes, que deleitaban al público no sólo con la generosa exhibición de sus formidables anatomías,

sino con sus ágiles y sensuales movimientos, perfectamente sincronizados, y siempre al compás de la música que interpretaba la orquesta, compuesta por seis músicos, colocados al fondo del escenario.

Los clientes habituales echaron de menos a la bailarina sueca, como ya era de esperar. Y, ante la ausencia de Elke Larson, fijaron principalmente su atención en Monique Nerval, cuya belleza y condiciones artísticas eran ligeramente superiores a las de sus seis compañeras.

El comisario Arnoux también posó su mirada en la maravillosa figura de Monique, cuya sonrisa adivinó forzada. Por lo demás, nada hacía suponer que la muchacha había vivido aquella tarde un terrible drama. El maquillaje se había encargado de borrar la palidez de su rostro y las huellas de tanta lágrima derramada.

Monique Nerval seguía sintiéndose débil, cansada, asustada, y de vez en cuando padecía dolores estomacales. Sin embargo, y tal como prometiera al duro de Pierre Rousseau, la muchacha se esforzaba al máximo por superar todo aquello y quedar lo mejor posible a los ojos de los espectadores.

Por el momento, lo estaba consiguiendo, pues sólo Lucien Arnoux adivinaba el tremendo sacrificio que para Monique Nerval suponía tener que actuar aquella noche, sabiendo que Elke Larson, su mejor amiga, yacía en uno de los cajones del depósito de cadáveres, a la espera de que le fuese practicada la obligada autopsia.

Bueno, también Pierre Rousseau adivinaba que Monique lo estaba pasando muy mal, aunque la muchacha, en un alarde de profesionalidad, lo disimulase perfectamente.

El dueño del club había abandonado su despacho para presenciar la actuación del *ballet*. De Monique Nerval, más concretamente, pues temía que ocurriera lo que ella había dicho: que se desplomara de pronto en el escenario, víctima de un desmayo o de un mareo.

Afortunadamente, tal cosa no había sucedido, todavía.

Pierre Rousseau seguía las evoluciones del *ballet* desde la puerta del escenario, disimulada por una cortina de terciopelo rojo. De cuando en cuando, el propietario de La Ardilla Roja echaba una mirada a la escalera por la que se descendía hasta el club,

esperando descubrir la llegada de la policía.

Pierre no conocía personalmente al comisario Arnoux, pero en cuanto éste bajó la escalera, acompañado del sargento Floriot, el dueño del local supo que era él. Tenía cara de policía. Y de buen policía, además.

Pierre Rousseau se puso nervioso.

Desde el momento en que Lucien Arnoux y Guy Floriot llegaron al club, Pierre se desentendió por completo de Monique Nerval y sólo tuvo ojos para observar a la pareja de policías.

Éstos, por el momento, se limitaron a presenciar la actuación del *ballet*. Pierre adivinó que estaban esperando que acabase el número, para poder interrogar a las bailarinas en los camerinos.

Y a los empleados del club.

Y a él mismo.

Pierre Rousseau tuvo un ligero estremecimiento, sólo de pensarlo.

Seguía disgustándole profundamente la presencia de la policía en su local.

Las chicas del *ballet* continuaban deleitando al público con la exhibición de sus esculturales cuerpos y con sus estudiados movimientos, llenos de picardía y sensualidad.

Monique Nerval había descubierto también la presencia del comisario Arnoux y del sargento Floriot. Al ver que Lucien Arnoux sólo la miraba a ella, la bailarina se sintió halagada y le dedicó una sonrisa encantadora, en absoluto forzada.

El comisario Arnoux supo que aquella deliciosa sonrisa era para él, y se apresuró a devolverla, agradecido.

—Es la más guapa de todas, ¿verdad, comisario? —comentó Guy Floriot.

—¿Se refiere a Monique, sargento?

—Naturalmente.

—Sí, es la más bonita del conjunto. Y la que mejor baila, también.

—Le ha sonreído a usted de una manera...

—Monique es una gran chica.

—Creo que la tiene usted en el bote, comisario.

—No diga tonterías, sargento. Apenas hablamos unos minutos.

—Le apuesto mi paga a que, si la invita usted a almorzar

mañana, la chica acepta.

—Tal vez la invite. Pero, de apuestas, nada.

Floriot sonrió.

—Teme usted perder, ¿eh?

Arnoux iba a responder, cuando sucedió lo inesperado.

En una de las mesas más próximas al escenario, había dos tipos con aspecto de campeones de lucha grecorromana. Altos, fuertes, musculosos.

De repente, uno de ellos disparó la mano y atenazó el precioso trasero de la bailarina que tenía más cerca, que resultó ser Monique Nerval.

La muchacha no pudo reprimir un grito.

Sintió deseos de darle un puñetazo en el ojo al atrevido cliente, pero se contuvo. Michel y Antoine se encargarían de poner en la calle al tipo.

Michel y Antoine eran dos individuos jóvenes y fornidos, y no tenían otra misión que mantener la paz y el orden en el local. Si alguno de los clientes discutía con otro, o se metía con las chicas del *ballet* o con las camareras, ellos intervenían inmediatamente.

En esta ocasión, también intervinieron con rapidez, alcanzando la mesa que ocupaban los dos tipos con aspecto de campeones de lucha grecorromana. Uno de ellos seguía aferrando el esbelto trasero de Monique Nerval, a la que decía cosas, mientras el otro reía sin parar.

Algunos clientes reían también, aunque la mayoría desaprobaba la acción del tipo.

Las compañeras de Monique seguían bailando, para restarle importancia al incidente, que estaban seguras iban a solucionar Michel y Antoine con la eficacia que les caracterizaba.

Fue Michel quien propinó un seco golpe en el antebrazo del sujeto que atenazaba las armoniosas nalgas de Monique, obligándole a soltar en el acto a la bailarina.

Monique Nerval reanudó su actuación, como si no hubiera sucedido nada. Aunque su trasero, enrojecido por la fuerte presión de los dedos del tipo atrevido, demostraba que sí había pasado algo.

Michel agarró al irrespetuoso cliente y lo levantó bruscamente de la silla.

—Vamos, fuera de aquí.

El tipo, que no estaba dispuesto a que lo echaran del local, le propinó un tremendo puñetazo a Michel y lo tiró al suelo.

Antoine fue a sacudirle al camorrista, pero el compañero de éste entró en acción y Antoine rodó también por el piso del club.

Lucien Arnoux y Guy Floriot, como la mayoría de los presentes, tenían los ojos fijos en el lugar donde se había producido el incidente, para ver cómo acababa la cosa.

Y como la cosa, más que acabar, parecía que empezaba, Lucien tocó con el codo a Guy y dijo:

—Me temo que esto tendremos que arreglarlo nosotros, sargento.

—Nos vendrá bien un poco de ejercicio, comisario —sonrió Floriot, siempre dispuesto a soltar los puños, grandes y duros como la piedra.

—Vamos allá —sonrió también Lucien, y echó a andar hacia el escenario.

El sargento Floriot trotó tras él, escupiéndose con disimulo en las palmas de las manos, como queriendo engrasar las «herramientas» antes de utilizarlas.

Michel y Antoine se habían incorporado ya, furiosos, y en aquel momento se abalanzaban sobre el par de camorristas.

La orquesta seguía tocando, como si nada. Y las chicas del *ballet*, bailando. El público, sin embargo, no les prestaba la menor atención, pendientes todos del altercado que tenía lugar junto al escenario.

Michel y Antoine no tenían nada de torpes con los puños, pero les había salido un hueso muy duro de roer. Un par de huesos, mejor dicho, puesto que los camorristas eran dos.

Pero, a la hora de sacudir, parecían cuatro.

Eran extraordinarios, los tíos.

Rapidez en la pegada, potencia, precisión...

Por eso pasó lo que pasó.

Y lo que pasó, fue que Michel voló por los aires, cayó sobre el escenario, se deslizó como una bala por el brillante suelo, y acabó metiendo la testa en el bombo.

Y no se limitó a destrozar el bombo, sino que derribó la batería completa y al músico que la tocaba.

Antoine no tuvo más suerte que su compañero, ya que también

él se convirtió en un pájaro, aterrizó en medio del escenario, patinó por él cuan largo era, y terminó debajo del piano, golpeándose en la cabeza contra una de sus patas.

Verdaderamente milagroso fue que ninguno de los dos arrollara a alguna de las chicas del *ballet*. Todas continuaron bailando, porque la orquesta seguía sonando, aunque ahora sin batería.

Los dos camorristas se estrecharon la mano, satisfechos.

En ese preciso instante, el comisario Arnoux y el sargento Floriot se detenían junto a ellos. El primero le puso la mano en el hombro a uno de los tipos y dijo:

—Se acabó, muchachos. Somos policías.

—¡Y nosotros somos bomberos! —respondió el camorrista, y disparó el puño.

Lucien Arnoux apartó la cara a tiempo, burlando limpiamente el golpe. Una fracción de segundo después, le soltaba un trallazo al individuo y lo mandaba irremisiblemente al suelo.

El otro sujeto atacó al sargento Floriot, pero éste anduvo listo y esquivó el puñetazo, respondiendo con un formidable zurdazo a la mandíbula del camorrista.

El tipo trazó un arco en el aire, después de elevarse casi medio metro, y se estrelló contra el reluciente piso del escenario, resbalando todo su robusto cuerpo por él.

—Traeré al fulano, comisario —dijo Floriot, y saltó sobre el escenario.

—Cuidado con las chicas, sargento —advirtió Lucien, con una sonrisa.

Guy Floriot rió.

—Tranquilo, comisario. Ya sé que sólo vale mirar.

Lucien Arnoux se volvió.

Lo hizo muy a tiempo, porque el camorrista tumbado por él ya se había puesto en pie, hecho una furia, y venía en su busca con los puños por delante.

Lucien lo frenó con un centelleante puñetazo a la barbilla, y antes de que el tipo pudiera devolverle el golpe, le hundió la zurda en el hígado.

Como se lo pilló de lleno, el individuo se dobló con la cara amarga. La diestra del comisario entró nuevamente en acción, cazando al sujeto en el pómulo.

El camorrista cayó nuevamente al suelo, y como no parecía tener muchas ganas de levantarse, Lucien Arnoux se volvió hacia el escenario, para ver qué tal le iban las cosas al sargento Floriot.

El comisario dio un respingo, porque Guy Floriot no se veía por ninguna parte. En cambio, sí se veía al tipo que debía traer Guy. Estaba en pie, en medio del escenario, mirando a tres o cuatro bailarinas que, caídas, formaban una especie de bola humana.

Evidentemente, acababan de ser arrolladas, porque las chicas chillaban y trataban de encontrar la manera de incorporarse.

—¡Sargento Floriot! —gritó Lucien.

—¡Está ahí, comisario! —exclamó Monique Nerval, señalando la montaña humana que formaban sus compañeras derribadas por Guy Floriot, al recibir éste un terrible rechazazo del camorrista que le había tocado en suerte.

Floriot salió despedido y tumbó a más de medio *ballet*, muy a su pesar. Tampoco había sido culpa suya quedar precisamente debajo de las bailarinas, literalmente aplastado por ellas, lo que le impedía levantarse y reanudar la pelea.

El público reía, porque el espectáculo no podía ser más divertido.

De pronto, el sargento Floriot asomó la cara por entre un par de muslos imponentes, aunque pertenecientes cada cual a un cuerpo diferente. Tras escupir algo que se le había metido en la boca, y que resultó ser uno de los adornos metálicos que llevaban las bailarinas en los pechos, Guy preguntó:

—¿Llamaba, comisario...?

Lucien Arnoux, conteniendo a duras penas la risa, ordenó:

—¡Salga de ahí debajo inmediatamente, sargento!

—¡Será si me dejan, comisario! ¡Estoy rodeado de brazos y de piernas por todas partes! ¡Y de otras cosas que no puedo decir!

Justo en ese momento, la cara del sargento Floriot quedó tapada por el desnudo trasero de una de las bailarinas que pugnaban por ponerse en pie.

El comisario Arnoux pidió al cielo que al sargento Floriot no le diera por morder las tentadoras nalgas femeninas que tan al alcance de sus dientes tenía, y subió al escenario, para encargarse del otro camorrista.

CAPÍTULO V

El tipo, al ver venir hacia él a Lucien Arnoux, vaciló.

Al principio, ni él ni su compañero habían creído que Lucien y Guy eran policías. Por eso su compañero respondió, en tono burlón, que ellos eran bomberos, y acto seguido atacó a Lucien, mientras que él hacía lo propio con Guy.

Ahora, era distinto.

El camorrista había oído claramente que Lucien llamaba a Guy «sargento», y que éste llamaba a Lucien «comisario», por lo que ya no tenía la menor duda de que se trataba realmente de un par de policías.

Y atacar a dos representantes de la ley y del orden, era algo muy serio. Especialmente, si no se trataba de un par de simples agentes, sino de un sargento y de todo un comisario.

Lamentablemente, la cosa ya no tenía remedio, pues el ataque ya se había producido. El tipo se dijo que el castigo sería el mismo por atacarles una vez, que por dos o por tres, así que arremetió contra el comisario Arnoux.

La única posibilidad que tenía de salir con bien de aquello, era poner fuera de combate a los dos policías y huir a toda prisa de La Ardilla Roja.

El comisario Arnoux hizo frente al sujeto.

Y muy eficazmente, por cierto.

Mientras Lucien Arnoux se encargaba del camorrista, Monique Nerval pidió a las dos compañeras que se libranan de verse arrolladas por el sargento Floriot, que la ayudaran a rescatar a éste de debajo del montón de brazos, piernas, pechos y traseros que formaban las cuatro bailarinas derribadas espectacularmente por él.

La orquesta ya no tocaba.

Habían dejado de hacerlo en el instante en que el sargento Floriot, en su caída, arrollara a más de medio *ballet*.

Pierre Rousseau, al otro lado de la cortina de terciopelo rojo que cubría la puerta del escenario, se mordía los puños con rabia, porque aquél era el follón más grande que se había armado en su club desde el día de su inauguración.

El público, en cambio, se lo estaba pasando bomba.

Monique Nerval y sus dos compañeras ya habían conseguido rescatar al sargento Floriot de debajo de los cuerpos entrelazados involuntariamente por las otras cuatro componentes del *ballet*.

Guy se incorporó, rezongando cosas.

Había tenido que escupir otro adorno metálico de los que utilizaban las bailarinas para cubrir las cimas de sus desnudos pechos. En la mano derecha, se encontró una cadenilla dorada, de cuyo extremo pendía un triangulito de tejido brillante.

Evidentemente, una de las chicas se había quedado con lo más íntimo de su persona al aire.

El sargento Floriot las miró a las cuatro.

Una de ellas, efectivamente, se cubría con la mano lo que antes cubriera el triangulito de tejido. Otras dos, se cubrían un pecho, igualmente con la mano.

Eran las que habían perdido uno de los adornos metálicos.

La cuarta bailarina seguía conservando lo de «arriba» y lo de «abajo», pero en cambio le faltaba lo que adornaba su cabeza. Es decir, el conjunto de plumas de distintos colores.

Las plumas, ahora, adornaban la redonda cabeza del sargento Floriot.

Éste no se dio cuenta, pues creía que lo que sentía sobre su prematura calvicie, era su sombrero.

El público se mondaba de risa, porque Guy Floriot parecía un jefe indio, con tanta pluma.

El sargento tosió embarazosamente y devolvió el triangulito de tejido brillante a su dueña.

—Lo siento, preciosa. Te juro que no fue intencionado. Ni lo de los pechos de tus compañeras tampoco. Había tal lío de miembros y de cuerpos, que...

La bailarina atrapó el triangulito de tejido de un zarpazo y echó a correr hacia la puerta del escenario, siempre con la mano puesta sobre lo que no debía enseñar al público.

Las otras dos chicas, las que echaban a faltar uno de los adornos

metálicos que debían cubrir las cimas de sus pechos, se retiraron también del escenario.

Monique Nerval y las otras tres componentes del *ballet*, continuaron en el escenario, porque querían saber cómo acababa la pelea.

El comisario Arnoux estaba dando buena cuenta del tipo que derribara al sargento Floriot, pero el otro camorrista, recuperado ya de los golpes que le propinara Lucien, había subido al escenario en ayuda de su compañero.

Guy Floriot le salió al paso, todavía con las plumas de colores en la cabeza.

—Quieto ahí, compadre —ordenó.

—¡Aparta, Toro Sentado! —rugió el tipo, y le atacó.

Las carcajadas de los espectadores arreciaron, pero no tenía nada que ver con el sargento Floriot y el camorrista que le había llamado Toro Sentado, por lo de las plumas, sino con Michel, que acababa de ponerse en pie, con el destrozado bombo sobre su cabeza, lo que le impedía ver.

—¿Quién apagó las luces? ¿Se han fundido los fusibles? —gritó, desde dentro del bombo, al tiempo que daba puñetazos al aire, como si peleara con un enemigo invisible.

—¡Maldito estúpido! —barbotó Pierre Rousseau, tras la cortina de terciopelo rojo—. ¡Lo voy a despedir! ¡Los voy a despedir a los dos!

Antoine, el otro empleado del club, salió de debajo del piano, recuperado a medias del golpe que se diera contra una de las patas del voluminoso instrumento.

Torpemente, se puso en pie y contempló lo que sucedía en el escenario. Al descubrir al sargento Floriot, con las plumas de colores adornando su cabeza, puso cara de niño gozoso y rompió a aplaudir, al tiempo que exclamaba:

—¡Anda, si es una película de indios! ¡Y me parece que no la he visto!

Pierre Rousseau sintió deseos de salir al escenario y estrangular a Antoine.

Pero el pobre Antoine no era responsable de sus actos, porque seguía bajo los efectos del golpe que se diera en la testa contra una de las patas del piano.

Tampoco Michel era responsable de sus actos, pues su cabeza continuaba metida en el bombo, y no veía nada de lo que sucedía. Por eso precisamente, por no ver nada, le atizó un puñetazo en la nuca a Antoine, y éste se estrelló de bruces contra el suelo del escenario, en donde quedó tendido, inconsciente.

Antoine ya no podría ver el final de la película de indios.

Poco después, Michel se acercaba demasiado al borde del escenario, ponía un pie fuera de él, y se propinaba un batacazo morrocotudo, perdiendo también el conocimiento.

Lo que no perdió fue el bombo.

Siguió incrustado en su cabeza.

La hilaridad del público continuaba.

Por contra, la rabia de Pierre Rousseau crecía y crecía.

Y con razón.

Michel y Antoine habían hecho el ridículo más espantoso.

Afortunadamente, el comisario Arnoux y el sargento Floriot lo estaban haciendo mucho mejor.

Lucien ya había dejado sin sentido al tipo que peleaba con él.

Guy, sin plumas ya en la cabeza —las había perdido al recibir un duro castañazo—, logró poner fuera de combate también al otro camorrista, de un terrorífico puñetazo entre los ojos.

Después, se frotó las manos y dijo:

—La situación está dominada, comisario.

—Perfecto, sargento —sonrió Lucien, quien, seguidamente, indicó—: Espóselos a los dos.

CAPÍTULO VI

La normalidad había vuelto a La Ardilla Roja.

La orquesta sonaba de nuevo.

Y la batería, también, porque el músico encargado de tocarla la había montado nuevamente y sustituido el bombo destrozado por otro en perfecto estado.

Algunas parejas bailaban, más o menos abrazadas, y de vez en cuando se daban un beso.

Michel y Antoine habían sido trasladados a un camerino, y allí seguían, inconscientes todavía. Tampoco los dos camorristas habían vuelto en sí. Yacían en el suelo de otro camerino, vigilados por el sargento Floriot, quien volvía a cubrirse la cabeza con su sombrero.

El comisario Arnoux se hallaba en el despacho de Pierre Rousseau, quien se esforzaba inútilmente por mostrarse tranquilo y amable.

El dueño del club tomó una caja de puros y se la tendió al policía.

—¿Un cigarro, comisario...?

—No, gracias —rechazó Lucien.

—¿Nunca fuma cuando está de servicio?

—Por supuesto que fumo.

Pierre forzó una carcajada.

—Era sólo un chiste, comisario. Como se suele decir eso de la bebida...

—Muy ocurrente, señor Rousseau —sonrió ligeramente Lucien.

—Monique me avisó que vendría usted por el club esta noche, comisario. Y tengo que reconocer que su llegada, acompañado del sargento Floriot, no pudo ser más oportuna. Mis dos empleados no podían reducirlos, estaban haciendo el payaso. De no haber sido por ustedes...

—Era nuestra obligación intervenir. Y no censure a sus

empleados, señor Rousseau. Los camorristas eran dos tipos de cuidado. Ya vio que también a nosotros nos costó reducirlos.

—Los meterán en la cárcel una temporada, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Me alegro.

—Bien, hablemos de Elke Larson, señor Rousseau.

Pierre compuso una mueca de tristeza.

—Era una gran chica. Y una estupenda bailarina. Su muerte me ha afectado terriblemente. Elke no se merecía que un desaprensivo abusara de ella y luego la asesinara.

—No creo que ninguna mujer se merezca eso, señor Rousseau.

—Desde luego que no, comisario. Pero usted sabe mejor que nadie que hechos tan incalificables como ése, se suceden casi a diario. Lo que ocurre es que, afortunadamente, no acaban con el asesinato de la chica que es objeto de violación. El asaltante, normalmente, se conforma con abusar de su víctima, y luego huye. Generalmente, le da unos cuantos golpes, para atemorizarla y evitar que ofrezca resistencia, y ahí acaba la violencia. La mujer se deja violar, para salvar su vida, y el asaltante no la maltrata más.

—Elke Larson no fue maltratada por su violador.

—¿No?

—Su cuerpo no ofrecía señales de golpes. Sólo el disparo en la frente.

—Qué raro.

—Lo primero no es tan raro. Al verse amenazada por una pistola, que el violador estaba decidido a utilizar, Elke Larson se entregó sumisamente a él. Por eso el tipo no tuvo necesidad de golpearla. Lo segundo, en cambio, ya es más raro. ¿Por qué la mató el violador, si Elke no había ofrecido resistencia alguna?

Pierre se encogió de hombros.

—No lo sé, comisario. ¿Qué opina usted?

—Pues, que tal vez Elke conocía al tipo. Y éste, para que ella no pudiera denunciarle, la asesinó.

—¿Insinúa que se trataba de algún amigo suyo...?

—Bueno, no necesariamente. Podía tratarse simplemente de un conocido, de alguien que Elke ya había visto antes. Aquí en el club, por ejemplo.

—¿Se refiere a un cliente, comisario?

—Un cliente, un empleado... Alguien que deseara fervientemente hacer el amor con Elke, y que pensase que no tenía la menor posibilidad de conseguirlo por las buenas. Según tengo entendido, Elke Larson no se vendía a ningún precio. Tenía que gustarle mucho un hombre, para permitir que la llevara a la cama. Si ella no lo deseaba, no había manera.

Pierre asintió con la cabeza.

—Es cierto, comisario. Elke rechazaba sistemáticamente las proposiciones de los clientes. Monique también lo hace. Sus compañeras, en cambio, suelen aceptarlas casi todas. Lo mismo que las camareras. Es algo muy normal, porque los clientes suelen mostrarse muy generosos con ellas. Pero de eso, a pensar que alguno de ellos pudo violar y asesinar a Elke Larson, media un abismo. Elke era una muchacha preciosa, pero también lo son las demás chicas del *ballet*. Y las camareras también son muy atractivas. Quiero decir que si un cliente hacía una proposición a Elke, y ella la rechazaba, se la hacía a otra de las chicas y en paz. No es lógico pensar que recurriera al asesinato para obtener a Elke, cuando podía obtener a otra cualquiera con sólo unos cientos de francos. ¿No lo ve usted así, comisario Arnoux...?

—Sí, admito que no es lógico. Pero muchos asesinatos carecen de lógica, señor Rousseau. Y éstos son los casos más difíciles de resolver. Hay tipos caprichosos, capaces de cualquier cosa con tal de obtener lo que pretenden. Incluso de matar.

Pierre movió la cabeza en sentido negativo.

—No puedo admitir que Elke fuera forzada y asesinada por un cliente del club, comisario. Y menos aún, por un empleado. Quizá se trate de algún vecino. De alguien que viva cerca de donde vivía Elke, que la veía a diario, que la espiaba incluso con unos prismáticos desde su ventana, para ver si la sorprendía desvistiéndose, o moverse desnuda por la casa... Empiece a buscar por ahí, comisario Arnoux. El asesino debe ser un maníaco sexual. Alguien tan obsesionado por el sexo, que tiene la razón perturbada.

—Puede que tenga usted razón, señor Rousseau —admitió Lucien.

—Seguro que la tengo.

Lucien se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿Puedo hacerle una pregunta muy personal, señor Rousseau?

—Pregunte lo que quiera, comisario. Estoy dispuesto a contestar todo.

—¿Le hizo usted alguna proposición a Elke Larson?

Pierre enrojeció.

—¿Se refiere a...?

—Una proposición amorosa, sí —asintió Lucien.

El dueño del club, visiblemente nervioso, respondió:

—Verá, comisario. Soy un hombre soltero, y me gustan las mujeres, así que nada de particular tiene que de vez en cuando me procure compañía femenina...

—Lo encuentro muy normal —sonrió Lucien—. Pero no ha respondido usted a mi pregunta, señor Rousseau.

Pierre carraspeó.

—Iba a hacerlo ahora, comisario. Sí, en un par de ocasiones le propuse a Elke Larson que se acostara conmigo, pero ella rechazó amablemente mi invitación en ambos casos. No volví a insistir, porque sabía que sería inútil. Como tampoco he insistido con Monique Nerval. También a ella se lo propuse, ¿sabe?

—¿De veras?

—Sí, aunque hace ya tiempo de eso. Como le he dicho antes, y creo que habrá usted podido comprobar, todas las componentes del *ballet* son unos monumentos de chicas. Y las camareras, también. Yo me he acostado con casi todas ellas. Puedo asegurarle, sin embargo, que no tengo predilección por ninguna. Todas me gustan por igual. Se lo digo para que no piense que sentía algo especial por Elke Larson, comisario.

Lucien sonrió de nuevo.

—No lo he pensado, señor Rousseau.

Pierre suspiró.

—Me quita un gran peso de encima, comisario. Por un momento, temí que sospechara usted de mí.

—Es pronto para sospechar de nadie en concreto. Hace sólo unas pocas horas que se descubrió el crimen. Aún no tengo el informe del forense, ni el informe del laboratorio. Y no los tendré hasta mañana. Por el momento, lo único que puedo hacer es interrogar a todas aquellas personas que conocían a Elke Larson. Por eso estoy aquí, donde ella trabajaba.

—Lo comprendo, comisario. Pero me temo que no logrará nada

interrogando a las chicas del *ballet* y a mis empleados. La que mejor conocía a Elke Larson, porque eran grandes amigas, es Monique Nerval, y a ella ya la interrogó usted en el apartamento de Elke. Más de lo que Monique le dijo, no le podrá decir nadie. Vale más que interroge a los vecinos de Elke Larson.

—Ya he interrogado a algunos, y no pudieron aclararme nada, pues nada vieron ni oyeron, ya que el crimen parece que se cometió entre las cuatro y las cinco de la mañana. Y, lógicamente, a esa hora estaban todos durmiendo.

—¿Ni siquiera oyeron el disparo?

—No, porque la pistola debía ir provista de silenciador.

—Sí, claro. No se me había ocurrido.

—Bien, no le molesto más, señor Rousseau. Ahora, con su permiso, voy a hablar con las compañeras de Elke Larson y con los empleados del club.

—Como quiera, comisario —accedió Pierre, aunque de mala gana.

Lucien le dio las gracias y abandonó el despacho del propietario de La Ardilla Roja.

CAPÍTULO VII

El comisario Arnoux tuvo que admitir que Pierre Rousseau tenía razón, pues no consiguió gran cosa interrogando al resto de las componentes del *ballet* y a los empleados del club.

Entretanto, los dos camorristas que armaran el follón habían vuelto en sí. El sargento Floriot los interrogó en el camerino, por si tenían algo que ver con la violación y posterior asesinato de Elke Larson, pero parecía que no.

Los tipos aseguraron que era la primera vez que ponían los pies en La Ardilla Roja. Y debía ser cierto, pues ni los empleados del club ni las chicas del *ballet* recordaban haber visto antes sus caras.

El comisario Arnoux indicó al sargento Floriot que telefonara a la comisaría y pidiera a dos de los agentes que estaban de guardia aquella noche que se personaran en La Ardilla Roja, para hacerse cargo de los dos detenidos.

Esto sucedía poco después, y los camorristas fueron trasladados a la comisaría, donde quedarían encerrados.

Lucien Arnoux y Guy Floriot continuaron en el club hasta que éste cerró sus puertas. Afortunadamente, no hubo nuevos incidentes, y las chicas del *ballet* pudieron interpretar el resto de sus números con toda normalidad.

Monique Nerval seguía sin encontrarse del todo bien, pero la presencia en el local del comisario Arnoux pareció darle ánimos, y no sufrió ningún desvanecimiento en el escenario.

Tras la última actuación del *ballet*, Lucien se ofreció para acompañar a Monique a su casa, y la muchacha aceptó. Monique tenía coche propio, pero aquella noche no se encontraba con fuerzas para conducir. De ahí que agradeciera infinitamente el ofrecimiento del comisario.

Lucien conducía el coche de Monique, y el sargento Floriot los seguía en el coche del comisario.

Arnoux vio que la bailarina descansaba la cabeza en el respaldo del asiento y cerraba los ojos, como si fuera a dormirse.

—¿Se encuentra mal, Monique?

—Estoy deshecha, comisario.

—No debió actuar esta noche. No estaba en condiciones.

—Se lo dije al señor Rousseau, pero no quiso darme permiso.

—¿La obligó a actuar?

—Sí.

—No debió hacerle usted caso, Monique.

—Me hubiera despedido.

—No lo creo. Es usted una magnífica bailarina, Monique. La mejor del conjunto. Y la más hermosa, también.

La muchacha abrió los ojos y lo miró, con una dulce sonrisa en los labios.

—Muchas gracias, comisario.

—Es la verdad, y usted lo sabe. A la que más miraba el público, era a usted.

—Porque no estaba Elke Larson.

—Me resisto a creer que Elke bailara mejor que usted. Y, desde luego, niego rotundamente que fuera más hermosa. Igual de hermosa, pase; más, lo rechazo.

—Es usted muy amable, comisario.

—Si piensa que elogio su belleza y sus cualidades artísticas para levantarle el ánimo, se equivoca. Lo digo como lo siento, Monique.

—Me parece que es sincero.

—Absolutamente sincero.

—¿Sabe que lo pasé muy mal cuando aquel tipo me atenazó el trasero?

—Lo supongo.

—¿Por qué se sonríe? ¿Acaso le hizo gracia?

—Por favor, no piense eso.

—El tipo era un sinvergüenza.

—Estoy de acuerdo. Aunque debe usted reconocer, Monique, que a un hombre no le resulta fácil mantener las manos quietas cuando un grupo de mujeres jóvenes y hermosas, espléndidamente formadas, se exhiben prácticamente desnudas delante de él, y pasan una tras otra a menos de medio metro de su mesa, moviendo sensualmente sus caderas, sus traseros, y todo su cuerpo.

—El que no sea capaz de controlarse, que no acuda a ese tipo de locales. A nosotras se nos puede mirar, pero no tocar. Y si salimos prácticamente desnudas, es porque nos obligan a ello. Tapadas no gustaríamos al público.

—A mí me gustaría usted hasta vestida de esquimal. Monique sonrió de nuevo.

—Se agradece el piropo, pero usted ya sabe lo que quiero decir. En esa clase de clubs, hay que salir sin apenas nada. Algunos *ballets* actúan, incluso, con los pechos al aire. Nosotras, al menos, nos cubrimos lo más íntimo de ellos con unos adornos, como ya pudo ver. No es que sea mucho, pero...

—El que mejor puede hablar de esos adornos, es el sargento Floriot. Creo que escupió un par de ellos.

—¡No me lo recuerde! —exclamó la bailarina, y se echó a reír. Lucien también rió.

Recordando tan divertidas incidencias, llegaron al edificio de apartamentos en donde vivía Monique Nerval. El suyo, como el de Elke Larson, era un apartamento de alquiler, sólo que un poco más amplio que el de la infortunada sueca.

Antes de despedirse de la bailarina, Lucien Arnoux propuso:

—¿Quiere que almorcemos juntos mañana, Monique?

—Me encantaría.

—Pasaré a recogerla entre la una y la una y media. ¿Le parece bien?

—Sí, estaré lista.

—Hasta mañana, pues.

—Buenas noches, comisario.

Monique Nerval subió a su apartamento.

Y lo hizo con un poco de miedo, pues se decía que lo mismo que la noche pasada le ocurriera a Elke Larson, podía sucederle aquella noche a ella.

Un temor lógico y plenamente justificado, porque Elke y Monique tenían muchas cosas en común. Había algo, sin embargo, que las diferenciaba.

Monique era francesa; Elke, sueca.

Y el asesino había decidido violar y matar solamente a las mujeres suecas que vivían actualmente en París.

Tenía veintitrés años y el pelo muy rubio, como Elke Larson.

También era bailarina.

Huelga decir, por tanto, que poseía un rostro bonito, un cuerpo hermoso, y unas piernas largas y torneadas, realmente sensacionales.

Britt trabajaba en La Dama de Tréboles, otro popular club nocturno parisino. Formaba parte de un *ballet* moderno compuesto por diez mujeres. Seis francesas y cuatro extranjeras.

Una de las extranjeras era inglesa, otra alemana, y otra española.

La única sueca del grupo, era Britt.

Por eso el asesino había puesto los ojos en ella.

Britt, lógicamente, ignoraba que aquélla iba a ser una noche terriblemente trágica para ella, a menos que ocurriese algo que estropease los canallescos planes del tipo que la noche pasada violara y asesinara a Elke Larson, disparándole un tiro en la frente.

La segunda víctima escogida por el asesino, hacía tan sólo unos minutos que había llegado a su casa, un reducido apartamento bastante estafalario, en el que todo andaba revuelto y por los suelos, pues la bailarina se preocupaba poco por ordenar las cosas.

Lo primero que hizo, apenas llegar, fue quitarse toda la ropa y quedar en cueros vivos. Así de fresquita, se introdujo en el cuarto de baño y se colocó debajo de la ducha.

Tenía la costumbre de ducharse antes de meterse en la cama, y la noche que por cualquier circunstancia no lo hacía, tardaba más en conciliar el sueño.

El agua llevaba ya varios minutos cayendo sobre su precioso cuerpo desnudo, cuando, de pronto, la puerta se abrió y alguien se coló en el cuarto de baño.

Britt Dagge, que en ese preciso momento se hallaba de espaldas a la puerta, no se percató del hecho y siguió friccionándose suavemente el cuerpo con las manos, acariciándose literalmente.

El intruso se quedó muy quieto junto a la puerta, la espalda casi pegada a ella. En su mano derecha, esgrimía una pistola con silenciador acoplado al cañón.

Britt empezó a darse la vuelta.

Como lo hizo con los ojos cerrados, porque así parecía gozar más de la ducha, continuó sin advertir la presencia del hombre que

vestía totalmente de negro y se cubría el rostro con una careta de goma, que representaba la cara de un gorila.

El asesino pudo contemplar de frente el prodigioso cuerpo de la sueca, como antes contemplara su cara posterior, que también era realmente fascinante.

Las pupilas del violador brillaron con fuerza tras la máscara de gorila, excitado por la tentadora desnudez de la bailarina, a la que ya veía entre sus brazos, dejándose poseer sumisamente, para que él no la matara.

Deseaba poseerla así, con el cuerpo mojado, resbalándole las gotas de agua por el busto, por el vientre, por las caderas...

Sí, el asesino estaba gozando de antemano con la violación de la hermosa y sensual Britt.

De repente, la bailarina tuvo la extraña sensación de que estaba siendo observada y abrió los ojos de golpe, descubriendo al tipo de negro. Abrió también la boca, con intención de chillar a pleno pulmón, pero el asesino advirtió:

—No grites, Britt, o me veré obligado a matarte.

La sueca siguió con la boca abierta, pero ni el más leve gemido escapó de su garganta. El agua de la ducha continuaba cayendo sobre su cuerpo desnudo, ahora totalmente inmóvil, paralizado por el terror.

—Cierra el agua, Britt —indicó el violador—. Me molesta el rumor de la ducha.

Lenta y temblorosamente, la bailarina acercó la mano a la llave de paso y la hizo girar, hasta que el agua dejó de caer. Tal era su pánico, que la sueca ni siquiera se cubría con las manos las zonas más íntimas de su cuerpo.

—No tengas miedo, Britt. No pienso hacerte ningún daño, a menos que tú me fuerces a ello —aseguró el asesino.

La bailarina hizo un esfuerzo y consiguió hablar, aunque de forma balbuceante:

—¿Por dónde... por dónde ha entrado?

—Por la puerta, naturalmente.

—Estaba cerrada.

—No me fue difícil abrirla.

—¿Quién es usted?

—Me gusta el nombre de Jacques. Puedes llamarme así.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hacer el amor contigo, Britt.

La sueca sí se cubrió ahora los pechos y el sexo.

—¿Pretende violarme...? —Galleó, aterrorizada.

—Yo no he dicho eso, Britt.

—Ha dicho que quiere hacer el amor conmigo.

—Exacto.

—Pero, como yo no lo deseo, tendrá que obligarme, y pasará a ser una violación.

—¿Y por qué no deseas hacer el amor conmigo, Britt? Soy un tipo joven, alto, fuerte, bien parecido... Si oculto mi rostro, no es porque sea un hombre feo, sino porque no quiero que luego puedas denunciarme a la policía.

—No me gusta hacer el amor con desconocidos.

—Te gustará, ya verás. Sé cómo tratar a las mujeres en la cama. Especialmente, a las suecas. He practicado mucho con ellas.

—¿De veras?

—Sí, créeme.

—Usted sí me conoce a mí, ¿verdad?

—Naturalmente. Te he visto actuar en La Dama de Tréboles, con los pechos al aire. Los tuyos son los más preciosos de todo el conjunto.

—Así que es usted cliente del club, ¿eh?

—Yo soy cliente de muchos clubs, Britt.

—¿Qué hará, si me niego a complacerle?

El asesino le apuntó a la cabeza con su pistola contestó:

—Te haré un feo agujero en la frente y me buscaré otra sueca joven y hermosa que sea más inteligente que tú.

CAPÍTULO VIII

El asesinato de Britt Dagge fue descubierto a media mañana por Françoise Becaud, la muchacha que ocupaba el apartamento de al lado, una estudiante que simpatizaba mucho con la bailarina sueca.

Françoise se había quedado sin azúcar, y quería que Britt le prestara un poco. Luciendo unos atrevidos *shorts* plateados y una liviana blusa azul, descaradamente transparente, pues permitía vislumbrar casi con todo detalle sus pechos juveniles, totalmente libres bajo el fino tejido, la estudiante pasó al apartamento de la bailarina.

Se disponía a pulsar el timbre, cuando descubrió que la puerta no estaba cerrada, sino entornada. Extrañada, porque aquello era bastante raro, Françoise empujó suavemente la puerta y penetró en el apartamento.

—¿Britt...? —llamó a la bailarina.

Como no obtuvo respuesta, se dirigió al dormitorio, encontrando por el camino, tiradas en el suelo, las ropas de la sueca. Esto, sin embargo, no sorprendió a la estudiante.

Françoise conocía la costumbre de Britt de desnudarse completamente en cuanto llegaba a casa por las noches, dejando esparcidas sus ropas por el suelo, y después ponerse debajo de la ducha.

La puerta del dormitorio también se hallaba en tornada.

Françoise la empujó con suavidad, al tiempo que llamaba de nuevo a la bailarina:

—¿Britt...?

La sueca no estaba en su dormitorio.

Ni siquiera se había acostado, pues la cama estaba hecha.

Cada vez más extrañada, Françoise decidió mirar en el cuarto de baño, cuya puerta permanecía cerrada.

Allí estaba Britt Dagge.

Tirada en la ducha.
Completamente desnuda.
Muerta...

Françoise Becaud no pudo reprimir un chillido de horror, al ver el espantoso orificio que tenía la bailarina en la frente, causado por la bala que puso fin a su vida.

Britt Dagge tenía una expresión horrible en sus ojos, desmesuradamente abiertos, reflejando todo el espanto del mundo. Su boca, torcida en escalofriante mueca, ponía también los pelos de punta. Sus manos, horriblemente crispadas, parecían querer arañar el suelo. Sus piernas, muy abiertas y rígidas, permitían adivinar que el asesino la había poseído, antes de matarla.

Françoise Becaud, al borde del desmayo, salió del cuarto de baño y, caminando como si estuviera bebida, consiguió alcanzar el diván del *living* y derrumbarse en él.

Un par de minutos después, cogía el teléfono y avisaba a la policía.

Monique Nerval había dormido poco y mal aquella noche.

No podía apartar de su pensamiento a Elke Larson, su compañera y amiga. Y, principalmente, el instante en que halló su cuerpo sin vida, blanco, rígido, con aquel feo agujero en la frente, la expresión de sus desorbitados ojos, el horrible gesto de su boca entreabierta...

Era muy difícil borrar de su mente ese terrible momento y conciliar el sueño. Y, cuando por fin lograba quedarse dormida, tenía espantosas pesadillas y no tardaba mucho en despertarse, sobresaltada, asustada, temblorosa, con un frío sudor humedeciéndole todo el cuerpo y el breve camisón.

En uno de esos momentos, llegó incluso a gritar, y su propio grito la despertó. Estaba soñando que se veía atacada por el asesino de Elke Larson, en su dormitorio. El tipo, cuyo rostro no conseguía ver con claridad Monique en su pesadilla, la amenazaba con una pistola provista de silenciador y la abofeteaba duramente, porque ella se resistía a complacerle. El asesino ya le había arrancado el camisón y el sucinto pantaloncito rosa, y pugnaba por adentrarse en su intimidad.

El chillido de la bailarina se debió a que, en el horrible sueño, el

violador había conseguido su canallesco propósito.

Afortunadamente, no era más que eso, una espantosa pesadilla, que tal vez Monique Nerval no hubiese sufrido de haber sabido que el violador y asesino de Elke Larson sólo pensaba atacar a las muchachas suecas que actualmente vivían en París.

Algo más pronto que de costumbre, Monique se levantó, se duchó, y se preparó el desayuno. Un desayuno fugaz, pues dentro de un rato estaría almorzando con el comisario Arnoux.

Los labios de la bailarina se distendieron en una suave sonrisa al recordar a Lucien Arnoux. Le gustaba su aspecto fuerte, su rostro varonil, la energía de sus gestos. Era, además, un hombre atento, educado, simpático, cordial, galante...

Monique no veía en él más que virtudes.

Al darse cuenta de ello, la bailarina no tuvo más remedio que hacerse la pregunta: «¿Te estás enamorando del comisario Arnoux, Monique?».

No supo qué responderse.

Y es que le daba un poco de miedo que la respuesta fuera afirmativa, porque Lucien era todo un comisario de policía, y no parecía probable que un hombre con un cargo tan serio se enamorara a su vez de una bailarina que se exhibía prácticamente desnuda cada noche en el escenario de La Ardilla Roja, a tan poca distancia de los clientes, que uno de ellos no tuvo la menor dificultad para atenazarle el trasero con su mano de hierro, la noche pasada.

Por primera vez, desde que era bailarina, Monique Nerval lamentó no haber escogido otra profesión. Claro que, de haber escogido otra profesión, seguramente no hubiera conocido jamás a Lucien Arnoux.

Y Monique se alegraba de haberle conocido.

Se alegraba muchísimo.

A la una y quince minutos, sonó el timbre de la puerta.

Monique Nerval, totalmente arreglada ya, acudió a abrir. Se había puesto un bonito vestido estampado, muy veraniego, que le sentaba estupendamente.

Como ya suponía la bailarina, se trataba del comisario Arnoux.

—¿Qué tal, Monique?

—Hola, comisario.

—¿Ha dormido bien?

—Regular, solamente. El recuerdo de la pobre Elke...

—¿Sabe que el violador ha actuado de nuevo?

—¿Qué?

—Ha habido otra víctima, Monique.

—Cielos, no... —exclamó ahogadamente la muchacha, al tiempo que palidecía.

—Otra bailarina. Sueca, como Elke Larson. Se llamaba Britt Dagge, y trabajaba en La Dama de Tréboles. ¿La conocía usted, Monique?

La joven negó débilmente con la cabeza.

Lucien Arnoux añadió:

—Fue violada y asesinada en su cuarto de baño. El criminal le disparó un tiro en la frente, como a Elke. Por eso sabemos que se trata del mismo individuo. Los dos crímenes fueron idénticos. No hubo golpes, no hubo violencia... Por lo visto, al asesino le basta con amenazar a sus víctimas con una pistola provista de silenciador para que ellas se dejen violar. Y, después, las mata.

Monique Nerval se llevó las manos a las sienes y se las oprimió.

—¿Por qué, comisario? —musitó—. ¿Por qué las mata, si las chicas no ofrecen resistencia? Es algo que no logro entender.

—Bueno, una de las causas, puede ser que el violador asalte a sus víctimas a cara descubierta, y luego las mate para que no puedan denunciarle. También es posible que las víctimas le conocieran, lo que obligaría igualmente al violador a asesinarlas, después de logrado su propósito. Existe, asimismo, la posibilidad de que el tipo asesine a sus víctimas por puro placer. Es decir, sin motivo alguno. Las asalta con el rostro cubierto, las amenaza de muerte con su pistola, las chicas se dejan violar, y después el tipo les dispara un tiro en la frente.

—En ese caso, estaría loco de remate... —murmuró la bailarina.

—Evidentemente, Monique —asintió Lucien—. Un hombre con la mente perfectamente equilibrada, jamás asesinaría a nadie por puro placer. Habría de tener un motivo muy poderoso para matar a alguien. Y, en este caso, es posible que el asesino lo tenga.

—¿Qué le hace pensar eso, comisario?

—En primer lugar, la circunstancia de que tanto Elke Larson como Britt Dagge fuesen suecas. Después, que ambas fuesen

bailarinas, que actuasen en clubs nocturnos, y que saliesen al escenario prácticamente sin nada. ¿Sabe que Britt actuaba con los pechos al aire, al igual que el resto de las componentes del *ballet*?

—Le dije anoche que algunos *ballets* actúan así, comisario.

—Sí, lo recuerdo. Bien, como le iba diciendo, no creo que se deba a una simple casualidad el que el violador haya asaltado a dos muchachas nacidas en Suecia, y que ambas sean bailarinas de profesión.

—¿Piensa que el asesino tiene algo contra las suecas...? —preguntó Monique.

Lucien asintió con la cabeza.

—Contra las bailarinas suecas que se exhiben prácticamente desnudas, más concretamente.

—¿Y qué puede ser, comisario?

Lucien suspiró.

—Ojalá lo supiera, Monique. Nos ayudaría a dar con el tipo, antes de que viole y asesine a otra bailarina sueca.

CAPÍTULO IX

El comisario Arnoux llevó a Monique Nerval a un restaurante en el que, sin ser de los más lujosos de París, se comía estupendamente.

Mientras aguardaban a que les sirvieran lo que habían pedido, Lucien informó:

—Le pregunté a Pierre Rousseau si le había hecho alguna proposición a Elke Larson, y me respondió que sí, que en un par de ocasiones le sugirió que se acostara con él,' pero que ella le rechazó amablemente.

Monique dio una cabezada de asentimiento.

—Es verdad que Elke le rechazó, pero no dos veces, sino muchas más, porque Pierre Rousseau le proponía casi a diario irse a la cama con él.

—A mí me aseguró que sólo se lo propuso en un par de ocasiones, y que no insistió porque sabía que sería inútil.

—Le mintió, comisario. Insistía una y otra vez, pero nunca logró nada de Elke. Ella siempre se mostró inflexible con él. No le gustaba nada Pierre.

—A usted tampoco le gusta, ¿verdad, Monique?

—Ni pizca. Y no sólo porque sea feo. Hay hombres feos que son simpáticos y resultan agradables. Pero no es el caso de Pierre Rousseau.

—También le gustaría acostarse con usted, Monique.

—¿Se lo confesó?

—Sí, me dijo que se lo había propuesto hace ya tiempo, que usted le rechazó, como Elke, y que no volvió a sugerírselo.

—Otra mentira. Pierre Rousseau me ha propuesto más de una docena de veces hacer el amor con él. La última, la semana pasada. No se cansa de insistir, pero conmigo tampoco logrará nada jamás. No me acostaría con Pierre Rousseau ni por un millón de francos.

—¿Por qué cree que me mintió, Monique?

—Cuestión de orgullo, supongo. A los hombres les gusta alardear de conquistadores, y confesar que una mujer le ha rechazado a uno más de una docena de veces...

—Dos mujeres, en este caso. Elke y usted. Porque, según me dijo Pierre, el resto de las chicas del *ballet* suelen aceptar sus proposiciones, lo mismo que las camareras.

—Sí, eso es cierto —asintió Monique—. Tampoco a ellas les gusta Pierre, pero se acuestan con él siempre que lo sugiere. En primer lugar, porque es el dueño del club, y temen que las despidan si no se muestran complacientes con él. Y, en segundo lugar, porque Pierre suele pagar bien esa clase de favores. Las chicas se hacen las remolonas, pero acaban aceptando el dinero o los regalos que les ofrece el bruto de Pierre.

—¿Es un tipo violento?

—Bastante. Quien le replica, se gana una bofetada.

—¿Lo incluiría usted en la lista de sospechosos, Monique?

—¿A Pierre Rousseau...?

—Sí.

La bailarina negó con la cabeza sin dudar.

—Rotundamente no, comisario.

—¿Por qué?

—Pierre es un hombre rico. Y, aunque rudo y feo, tiene todas las mujeres que quiere.

—No todas, Monique. No pudo conseguir a Elke, y tampoco puede conseguirla a usted.

La bailarina sacudió nuevamente la cabeza.

—Pierre no se arriesgaría a pasarse el resto de su vida en la cárcel solo por unos minutos de placer con aquellas mujeres que se niegan a irse a la cama con él. Tendría que estar loco, para hacer una cosa así. Y Pierre Rousseau está perfectamente cuerdo, comisario. Tenga en cuenta, además, que la segunda bailarina asesinada, Britt Dagge, no trabajaba en La Ardilla Roja.

—Eso no quiere decir nada. Estoy seguro de que Pierre Rousseau no sólo se acuesta con las bailarinas y las camareras de su club, sino con muchas otras. Quizá se lo propuso a Britt, y ella le rechazó. Según Françoise Becaud, vecina y amiga de Britt, ésta tampoco se entregaba a los hombres por dinero. Si le gustaban, se acostaba con

ellos; si no le gustaban, rechazaba sus proposiciones.

—Yo sigo pensando que Pierre no es el asesino, comisario. Me cae muy mal, ya se lo he dicho, pero no creo que él violara y matara a Elke. Ni a esa otra bailarina.

—Sinceramente, yo tampoco —confesó Lucien—. Pero es que no tenemos pista alguna. En el apartamento de Elke Larson no encontramos nada, excepto un par de cerillas consumidas, en el suelo del dormitorio. El asesino no dejó ninguna huella. Tampoco las dejó en el apartamento de Britt Dagge.

—Esas dos cerillas... —murmuró Monique—. Elke no las usaba, comisario. Utilizaba un encendedor de gas.

—Lo sé; lo encontramos en su bolso. Las cerillas debió encenderlas el asesino. Y, casualmente, Pierre Rousseau también usa cerillas. Me fijé anoche, cuando estuve en su despacho.

—Sí, Pierre enciende los puros con fósforos, le he visto hacerlo muchas veces —asintió la bailarina.

Dejaron de hablar, porque habían empezado a servirles el almuerzo.

Eran casi las tres cuando Lucien Arnoux detuvo su coche frente al edificio de apartamentos en donde vivía Monique Nerval.

—Gracias por el almuerzo, comisario —dijo la bailarina, con una preciosa sonrisa.

—Gracias a usted, Monique, por aceptar mi invitación —repuso Lucien.

—¿No quiere subir a mi apartamento?

—Me gustaría, pero no dispongo de tiempo. Vamos a estar muy atareados esta tarde, tratando de averiguar cuántas bailarinas suecas hay actualmente en París, dónde viven, dónde trabajan... Si no se debe a una pura casualidad el que tanto Elke Larson como Britt Dagge hubieran nacido en Suecia, y fuesen bailarinas de profesión, debemos dar protección al resto de las bailarinas suecas que viven en París. Están en peligro. Cualquiera de ellas puede verse sorprendida esta noche por el asesino, violada y asesinada. Y ya sabe cómo: de un disparo en la frente. Las suecas mueren así, Monique. Las bailarinas suecas, concretamente.

Monique Nerval sintió que se le erizaba la piel.

—Se me pone la carne de gallina sólo de oírle, comisario.

Lucien Arnoux sonrió y le cogió la mano, oprimiéndosela con

suavidad.

—Usted no tiene nada que temer, Monique. Es bailarina, pero francesa. Y el asesino sólo ataca a las suecas.

—Por el momento, así ha sido. Pero no sabemos si va a continuar atacando solamente a las bailarinas suecas, o su próxima víctima será una bailarina inglesa, alemana, española, italiana... o francesa.

Lucien le apretó la mano con algo más de fuerza.

—Le apuesto un beso a que elegirá a otra bailarina sueca.

—Si tiene ganas de darme un beso, no hace falta que haga ninguna apuesta conmigo, comisario —sonrió Monique.

—Tengo unas ganas tremendas —confesó Lucien.

—Entonces, dímelo ahora.

Lucien Arnoux besó los tentadores labios de Monique Nerval.

Después, la miró a los ojos y dijo:

—Un beso me sabe a poco, Monique.

—También a mí, comisario —confesó la bailarina.

Lucien la besó de nuevo, con más ardor que antes, al tiempo que la estrechaba con fuerza entre sus brazos.

CAPÍTULO X

Ursula Ran no era bailarina, sino artista de *strip-tease*.

Esto era lo único que la diferenciaba de Elke Larson y Britt Dagge, porque todo lo demás, era idéntico.

Alta, rubia, rostro atractivo, cuerpo exuberante, piernas larguísimas, portentosas de verdad...

Y lo más importante de todo: también había nacido en Suecia.

Importante para el asesino, claro.

Si Ursula no fuese sueca, no se habría fijado en ella.

Pero lo era.

Por eso figuraba en su lista de víctimas.

En el tercer lugar, exactamente.

Los dos primeros nombres de la lista, ya habían sido tachados.

Elke Larson y Britt Dagge.

Ya habían sido violadas y asesinadas por él.

Ahora, le tocaba el turno a Ursula Ran.

Ursula trabajaba en El Conejo Gris, un pequeño local en el que se sucedían los números de *strip-tease*, a cuál de ellos más atrevido, voluptuoso y excitante.

La artista sueca ya había realizado sus dos actuaciones de cada noche, así que se vistió y abandonó el local, dirigiéndose directamente a su apartamento, en su coche.

Una vez en él, se acercó al mueble-bar y se preparó un *whisky* con hielo. Fue lo primero que hizo. Ingirió un sorbo de licor y a continuación, con la copa en las manos, se dirigió al cuarto de baño y abrió los grifos de la bañera.

Le apetecía darse un baño de agua tibia, antes de acostarse.

Mientras la bañera se llenaba, Ursula Ran fue al dormitorio.

Antes de empezar a quitarse la ropa, ahora en privado, no para el público que cada noche llenaba El Conejo Gris, la artista bebió otro sorbo de *whisky*.

Los cubitos iban enfriando rápidamente el licor, por lo que Ursula exclamó:

—¡Jo!, qué bueno se está poniendo el condenado...

No pudo resistir la tentación de llevarse por tercera vez la copa a los labios. Tras el nuevo sorbo de *whisky*, la sueca dejó la copa sobre la mesilla de noche y procedió a desvestirse, enfundándose seguidamente una vistosa bata. Se ató el cinturón, cogió nuevamente la copa, y salió del dormitorio.

Fue a ver cómo estaba de llena la bañera.

Andaba por la mitad, poco más o menos, así que Ursula decidió acercarse de nuevo al mueble-bar y escanciar un poco más de *whisky* en la copa, porque, una vez metida en la bañera, tendría que conformarse con el que quedase en su copa, y la artista de *strip-tease* quería que quedase bastante, para así no echarlo de menos.

Cuando Ursula Ran se daba un baño de agua caliente o tibia, solía permanecer un largo rato en la bañera, y gustaba de tomar sorbitos de licor. Generalmente, *whisky*. Era su bebida favorita, aunque tampoco le hacía ascos a la ginebra o a la vodka.

Había cogido ya la botella de *whisky*, cuando una voz masculina se dejó oír:

—Buenas noches, Ursula.

La sueca dio un respingo y se volvió hacia la puerta del apartamento, descubriendo, junto a la misma, al tipo de negro que ocultaba su rostro bajo una careta de gorila.

La reacción de Ursula Ran fue muy distinta a la de Elke Larson y a la de Britt Dagge, ya que no palideció, ni empezó a temblar, ni denotó temor alguno, pese estar viendo que el intruso le apuntaba con una pistola provista de silenciador.

Lejos de asustarse, la artista de *strip-tease* se echó a reír y dijo:

—¿Te sirvo un trago,

King-Kong

?

El asesino quedó un tanto desconcertado.

Tras unos segundos de vacilación, preguntó:

—¿No estás asustada, Ursula?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Me he colocado en tu apartamento silenciosamente, llevo puesta una máscara de gorila, te estoy amenazando con una

pistola...

La sueca volvió a reír.

—¿De qué es la pistola? ¿De plástico, de goma, o tal vez de chocolate...?

—Es una pistola de verdad —aseguró el violador.

—Oh, sí, claro. Y tú eres un atracador.

—No, no soy un atracador.

—Naturalmente que no, Gastón.

El asesino respingó levemente.

—¿Por qué me llamas Gastón?

—Porque ése es tu nombre. Gastón Peyrac.

—Te equivocas, Ursula. No soy Gastón Peyrac.

—Si no lo fueras, no hubieras podido entrar en mi apartamento.

Actualmente, eres el único que tiene llave.

—Te repito que no soy Gastón Peyrac, Ursula. Abrí la puerta con una ganzúa.

—Como los cacos de verdad, ¿eh?

—Sí.

—Está bien, si quieres que sigamos con el juego, por mí encantada, Gastón.

—No es un juego, Ursula.

—Lo que tú digas, Gastón.

—No vuelvas a llamarme Gastón.

—¿Prefieres que te llame

King-Kong

?

—Puedes llamarme Jacques.

—No, me gusta más

King-Kong

. Es mucho más terrorífico, y además hace honor a tu máscara de gorila fiero y poderoso. Espera un momento,

King-Kong

.

—¿Adónde vas?

—Tengo los grifos de la bañera abiertos, y ya debe estar casi llena. No quiero que se me salga el agua.

Ursula Ran caminó tranquilamente hacia el cuarto de baño, con la copa de *whisky* en las manos.

El asesino de Elke Larson y Britt Dagge fue tras la artista de *strip-tease*, dispuesto a no perderla de vista.

La sueca entró en el cuarto de baño.

La bañera, en efecto, estaba casi llena.

Ursula cerró los grifos y se volvió hacia el tipo de negro.

—¿Te importa que me bañe, mientras jugamos a cacos,

King-Kong

?

El asesino, desde la puerta, respondió:

—Sí, puedes bañarte. Pero te repito que esto no es ningún juego,

Ursula.

La sueca rió.

—Te lo has tomado muy en serio, ¿eh, Gastón?

El asesino masculló una imprecación.

—¿Cómo he de decirte que no soy Gastón?

—¡Está bien, está bien! —volvió a reír la artista, dejando su copa sobre el borde de la bañera.

Después, se soltó el cinturón, se abrió la bata, y se la quitó, con la sensualidad y la malicia que caracteriza a las artistas de *strip-tease*.

Y, no satisfecha con ello, empezó a acariciarse voluptuosamente sus rotundas formas de mujer, como solía hacer en el escenario de El Conejo Gris, para poner cachondos a los espectadores.

—¿Me encuentras atractiva,

King-Kong

...? —preguntó, con voz cálida y sensual.

Los ojos del violador brillaron agudamente, mientras recorrían la excepcional anatomía de la artista.

—Mucho —respondió, con voz ligeramente ronca.

—¿Te gustaría hacer el amor conmigo?

—A eso he venido.

—A mí también me gustará. Jamás he sido poseída por un gorila, pero estoy segura de que será algo portentoso —bromeó la sueca, y soltó una risita.

—Métete en la bañera, Ursula —indicó el asesino.

—A la orden.

La artista se introdujo en la bañera, quedando acostada en ella.

Al instante demostró que también sabía moverse y acariciarse

voluptuosamente bajo el agua, aumentando la excitación del violador.

—¿Por qué no te desnudas y te metes también en la bañera, King-Kong...? —sugirió.

—No, haremos el amor cuando salgas.

—¿Ya no te gusta hacerlo en la bañera?

Ursula rió.

—¡Pues la última vez que lo hicimos aquí, lo pasamos bomba! ¿O es que ya no te acuerdas?

—Lo pasarías bomba con Gastón Peyrac, no conmigo.

—¿Insistes en que no eres Gastón...?

—No soy Gastón.

—¿Insistes, también, en que esa pistola es de verdad?

—Es de verdad.

—¿Por qué no me lo demuestras? —sugirió burlonamente la sueca—. ¡Vamos, dispara sobre algo!

El violador apuntó a la copa y apretó el gatillo.

Al ver que la copa estallaba en pedazos, desparramándose el *whisky* y los cubitos de hielo, Ursula Ran se arrugó bajo el agua.

Ahora, sí reaccionó como Elke Larson y Britt Dagge.

Su rostro se quedó sin color, su cuerpo desnudo empezó a temblar perceptiblemente, sus ojos se dilataron, reflejando un pánico infinito.

—No eres Gastón... —musitó.

—Vaya, menos mal que te has convencido ya —rezongó el asesino—. Me tenías harto, ¿sabes?

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Hacer el amor contigo, ya te lo dije antes.

—¿Eres un cliente de El Conejo Gris?

—Sólo he estado un par de veces en ese local. Te vi actuar, me gustaste, y decidí hacer el amor contigo.

—¿Por la fuerza?

—Bueno, empuño una pistola. Y ya has visto que es de verdad. Si te niegas a complacerme y te pones a gritar, apretaré el gatillo de nuevo y te meteré una bala en la frente.

Ursula Ran se arrugó un poco más.

—¿Y si no ofrezco resistencia...?

—Oh, en ese caso, no tienes nada que temer de mí. Veré satisfecho mi deseo, y me marcharé tan contento.

—¿Sin hacerme ningún daño?

—En absoluto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La artista de *strip-tease* pareció sentirse un poco mejor.

—Haré el amor contigo, Jacques —decidió.

—Estupendo.

—Pero recuerda tu promesa, ¿eh?

—No temas, la cumpliré. El arma es sólo para convencerte. No tengo intención de utilizarla.

—¿Eres un tipo feo, Jacques?

—No.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra. Si oculto mi rostro, es para que no puedas denunciarme a la policía.

—Si es verdad que no eres feo, no necesitabas amenazarme con una pistola para conseguirme. Te hubiera bastado con esperarme a la salida de El Conejo Gris y proponerme hacer el amor contigo. Me chiflan los tipos grandotes y musculosos.

—¿De veras?

—Sí.

—Sal de la bañera y demuéstramelo.

Ursula Ran se irguió y salió de la bañera, sonriendo sensualmente.

—¿Me acercas la toalla, Jacques?

—Me gustas más sin toalla.

La sueca rió.

—No pensaba cubrirme con ella, sólo secarme el cuerpo.

—Te prefiero así.

—¿Mojada...?

—Sí.

—Está bien, como tú quieras —dijo la artista, y se acercó al asesino, cuyo cuello rodeó con sus brazos desnudos y húmedos.

El violador la cercó a su vez con los suyos, y comenzó a acariciarle la espalda, las caderas, las apretadas nalgas, los pechos.

—Me gustaría besarte, Jacques, pero si no te quitas la máscara

de gorila...

—No puedo quitármela, ya lo sabes. Pero sí le variármela un poco.

El asesino lo hizo y descubrió su boca.

Ursula Ran le besó, poniendo en juego toda su experiencia, porque estaba dispuesta a complacer al máximo al tipo de negro, para que éste disfrutara como nunca había disfrutado con una mujer, y se marchara sin causarle el menor daño.

Desgraciadamente, no le iba a servir de nada.

Ursula estaba besando al hombre que iba a segar su vida de un certero balazo en la frente.

CAPÍTULO XI

En La Ardilla Roja, las chicas del *ballet* estaban realizando su último número de la noche cuando el comisario Arnoux y el sargento Floriot hicieron su aparición en el club.

Volvían a ser ocho, pues aquella misma mañana Pierre Rousseau había contratado una nueva bailarina, para cubrir la vacante dejada por Elke Larson. Se trataba de una muchacha holandesa, con un físico al que no se le podía pedir más.

La nueva bailarina había ensayado toda la tarde con las otras siete componentes del *ballet*, con el fin de poder actuar ya aquella misma noche con ellas. La holandesa lo hacía muy bien, pero no se podía comparar con la infortunada Elke Larson. Tampoco estaba a la altura de Monique Nerval, por lo que ésta continuaba siendo la mejor bailarina del conjunto desde la muerte de la bailarina sueca.

Michel y Antoine se movían por el local, con claras huellas de golpes en sus caras. Por suerte para ellos, Pierre Rousseau cambió de parecer y no los despidió, tras su fracaso de la noche anterior.

Pierre se encontraba en la puerta del escenario, tras la cortina de terciopelo rojo, contemplando la actuación del *ballet*. Había presenciado todos sus números de aquella noche, para ver qué tal se desenvolvía la nueva bailarina delante del público.

El dueño del club estaba satisfecho, porque la holandesa se desenvolvía perfectamente en el escenario, hasta el punto de que no se le notaba apenas que había entrado a formar parte del *ballet* aquel mismo día.

Pierre confiaba en que la holandesa se desenvolviese igual de bien en la cama. Aquella misma noche lo sabría, pues ya le había insinuado a la nueva bailarina que le gustaría acostarse con ella, y la holandesa parecía dispuesta a darle toda clase de facilidades.

El risueño gesto de Pierre Rousseau desapareció cuando vio entrar en el club al comisario Arnoux y al sargento Floriot, pues

temía un nuevo interrogatorio.

Sin embargo, Lucien Arnoux y Guy Floriot no venían a interrogar a nadie, en esta ocasión, sino simplemente a esperar a Monique Nerval, a la que el comisario deseaba acompañar a su casa.

Monique había reparado ya en la presencia de ambos policías, y su alegría era manifiesta. También sus compañeras se alegraban de la llegada de Lucien y Guy; especialmente, de la llegada de éste último.

El sargento Floriot, a causa de lo ocurrido en el escenario la noche pasada, había caído muy bien a las chicas del *ballet*. Y todas, sin excepción alguna, estaban deseando que Guy les hiciera alguna insinuación, para aceptarla al instante.

Floriot vio que las bailarinas le miraban y le sonreían de un modo muy particular. La que él dejara involuntariamente sin el triangulito de tejido brillante, se atrevió incluso a guiñarle pícaramente el ojo.

Un par de segundos después, era una de las bailarinas a las que él dejara sin adorno metálico en uno de sus pechos la que le hacía picaros guiños.

A continuación, la otra bailarina que quedara con un seno completamente desnudo le lanzó un beso al aire.

El sargento Floriot no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Lucien Arnoux rió quedamente y dijo:

—Es usted un tipo afortunado, sargento.

—¿Por qué lo dice, comisario?

—Ha conquistado al *ballet* entero. Exceptuando a Monique Nerval, por supuesto. Es la única que me sonrío a mí. Las demás, le sonrían a usted. Y algunas hasta le guiñan el ojo y le lanzan besos al aire.

—¿Está seguro de que todo eso es para mí, comisario?

—Naturalmente.

—¿Y a qué puede ser debido?

—Debió gustarles su forma de arrollarlas, de quedar debajo de ellas, de morderles los adornos metálicos que cubren sus pechos, de arrancarles el triángulo de tejido que cubre lo más íntimo de su persona... Y más cosas, que yo no sé.

Guy Floriot tosió.

—Comisario, yo le juro que todo eso fue sin querer. No sabía lo que tocaba, lo que mordía, ni lo que arrancaba. Sólo trataba de salir de debajo de sus cuerpos, para ayudarle a usted a reducir a la pareja de camorristas.

—Debió pasarlo fenomenal, con tanto cuerpo bonito y prácticamente desnudo encima. Confiéselo, sargento.

—¡Pero si yo no me daba cuenta de nada, comisario!

—¿Seguro?

—¡Le doy mi palabra!

—Y yo le doy permiso.

—¿Para qué?

—Para que pase la noche con una de esas beldades. La que más le guste.

Floriot las miró brevemente a todas, incluida la bailarina nueva.

—La elección es tremendamente difícil, comisario... —murmuró.

—Lo sé, sargento, lo sé —rió Lucien.

El comisario Arnoux conducía el coche de Monique Nerval, como la noche anterior, sólo que esta vez el sargento Floriot no iba detrás, siguiéndoles con el coche de Lucien.

Guy Floriot iba camino del apartamento de una de las chicas del *ballet*, con ella a su lado. Se trataba, exactamente, de la bailarina que quedara sin el triangulito de tejido brillante. Se llamaba Nadine, era francesa, y había aceptado encantada la proposición de Guy.

Monique Nerval preguntó:

—¿Han averiguado ya cuántas bailarinas suecas hay actualmente en París, comisario?

Lucien Arnoux negó con la cabeza.

—Hay demasiadas, Monique. Y es absolutamente imposible darles protección a todas. Tendríamos que dedicarnos exclusivamente a ello, lo cual, como comprenderá, no puede ser. No podemos dejar de patrullar las calles de París, porque son bastantes los delitos que se cometen cada noche, y la ciudad no puede quedar sin vigilancia.

—Sí, claro.

—No obstante, he puesto a cuántos hombres he podido a vigilar

a las bailarinas suecas que, en mi opinión, y a juzgar por lo que sabemos de cada una de ellas, tienen más probabilidades de ser atacadas por el asesino. Ojalá acertemos, y el violador decida asaltar a una de esas muchachas que se encuentran bajo disimulada vigilancia. Si lo intenta, lo atraparemos y sabremos por qué ese interés en abusar de las bailarinas suecas.

—A Pierre Rousseau puede descartarlo totalmente, aunque use cerillas para encender sus puros.

—¿Por qué debo descartarlo, Monique?

—Pierre no pudo violar y asesinar a Britt Dagge, porque se fue del club acompañado de una de las chicas del *ballet* y pasó la noche con ella. Con Annette, concretamente. Lo averigüé esta tarde, durante el ensayo.

—Descartado, entonces. Si estaba con Annette, no podía estar con Britt. Y si Pierre no violó y asesinó a Britt Dagge, tampoco pudo violar y asesinar a Elke Larson, porque está demostrado que ambos crímenes los cometió el mismo individuo. Las dos balas fueron disparadas por la misma pistola.

—Ya le dije este mediodía, en el restaurante, que Pierre Rousseau no podía ser el asesino, comisario. Aunque debo confesar que lo de las cerillas me hizo dudar.

—También fue eso lo que despertó mis sospechas. Sin embargo, nunca pasaron de ser unas sospechas leves.

Hablando siempre del asesino y de sus víctimas, de las que había habido y de las que aún podía haber, llegaron al apartamento de Monique Nerval.

Lucien Arnoux estacionó el coche de la bailarina.

Ésta preguntó:

—¿Dispone de tiempo ahora, comisario?

—¿Para qué?

—Para subir a mi apartamento.

—¿Me está invitando a tomar una copa, Monique?

—Sí, y me gustaría que aceptara.

Lucien consultó su reloj.

—Es tardísimo, Monique.

—Cuando usted me invitó a almorzar, yo acepté sin dudar —recordó la bailarina.

—Está bien, subiré unos minutos —accedió Lucien.

Subieron al apartamento y Monique Nerval preparó un par de bebidas.

Sentados ya en el sofá, muy cerca uno del otro, y tras haber ingerido sendos sorbos de licor, Lucien y Monique se miraron a los ojos.

No hizo falta más.

Lucien deseaba besar a Monique, y ésta deseaba que él la besara. Se lo estaban confesando mutuamente con los ojos.

Por eso, sin cambiar una sola palabra, Lucien tomó entre sus brazos a la bailarina y la besó en los labios fervorosamente. Ella le abrazó a su vez y le devolvió el beso con idéntica pasión.

Permanecieron así largos minutos, estrechamente abrazados, dándose un beso tras otro.

De pronto, Lucien separó su boca de la de Monique y dijo:

—Será mejor que me vaya.

—¿Por qué? —preguntó ella, reteniéndole de forma clara.

—Si continúo besándote, luego no tendré la suficiente fuerza de voluntad para marcharme.

—Quédate, Lucien.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—¿De verdad lo deseas?

—Fervientemente.

Lucien tomó el rostro femenino entre sus manos, con infinita ternura.

—Yo lo deseo tanto como tú, Monique —dijo, y sus labios tomaron nuevamente contacto con los de la bailarina.

CAPÍTULO XII

Monique Nerval se despertó al sentir que depositaban un suave beso en sus entreabiertos labios. Abrió los ojos y vio el rostro del comisario Arnoux muy cerca del suyo.

—Lucien...

—Buenos días, cariño.

—¿Te marchas ya? —preguntó la bailarina, al verlo vestido.

—Sí, el deber me llama.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y pocos minutos.

—Apenas has dormido, Lucien.

—Por tu culpa. Si no fueras tan hermosa y deseable...

—Tonto —rió la bailarina, halagada.

—Cuanto más te miro, más me gustas. Y tú sabes que no son palabras, que es la pura verdad.

Monique alzó los brazos y se los pasó por el cuello.

—Le adoro, comisario —dijo, y luego levantó la cabeza y le besó dulcemente en los labios.

—Me gustaría quedarme media hora más, pero no me es posible. Vendré a recogerte a la hora del almuerzo, ¿de acuerdo?

—Te estaré esperando.

—Adiós, cariño.

—Llévate mi coche, Lucien. Yo no lo voy a necesitar. Pienso dormir hasta las doce, por lo menos.

—Cómo te envidio.

—Hazte bailarina, y así podrás dormir hasta muy tarde, por las mañanas —bromeó Monique.

—No creo que mis piernas, llenas de pelos, gustaran al público —repuso Arnoux.

—¡Me temo que no! —exclamó la muchacha, riendo alegremente.

Desde que alzara los brazos, para pasarlos por el cuello de Lucien, los preciosos senos de Monique estaban casi totalmente al descubierto. La sábana se había deslizado, y...

Lucien bajó la mirada hasta allí y dijo:

—Hay algo que me intriga, Monique.

—¿El qué?

—¿Cómo consigues sujetarte los adornos metálicos a las cimas de tus pechos?

—Mis pezones tienen imán. ¿No lo sabías? —respondió la bailarina, con malicioso gesto.

—A juzgar por lo que me atraen a mí, debe ser cierto —dijo Lucien, bajando su rostro hasta ellos.

Los besó y jugueteó con los dos casi un minuto, logrando que Monique se estremeciera de placer y dejara escapar un par de dulces gemidos.

Luego, se irguió bruscamente y rezongó:

—Cúbrete hasta el cuello, maldita sea, o no podré abandonar esta habitación.

La bailarina rió y se cubrió los pechos con la sábana.

Lucien le lanzó un beso al aire.

—Vuélvete a dormir, cariño.

—Lo haré. Y prometo soñar contigo —respondió Monique.

El comisario Arnoux dio media vuelta y salió del dormitorio con paso raudo.

En el coche de Monique Nerval, Lucien Arnoux se dirigió a la comisaria. Mientras circulaba por las calles de París, se preguntaba si el asesino de Elke Larson y Britt Dagge habría actuado de nuevo la noche pasada.

Cuando decidió pasar la noche en el apartamento de Monique, Lucien llamó a la comisaría y dio el número de teléfono de la bailarina, para que pudiesen avisarle si se producía alguna novedad.

Como no recibió llamada alguna, Lucien dedujo que el violador no había asaltado a ninguna de las bailarinas suecas que sus hombres vigilaban discretamente. Pero, acto seguido, se dijo que podía haber atacado a alguna de las que no contaban con protección policial, y que por desgracia eran bastantes.

Sin dejar de pensar en ello, Lucien llegó a la comisaría, aparcó el coche de Monique, y salió de él. Se disponía ya a entrar en la

comisaría, cuando vio llegar al sargento Floriot.

Guy aparcó con prisas el coche de Lucien y saltó al suelo.

—¡Buenos días, comisario!

—Hola, sargento. ¿Qué tal su nochecita con Nadine?

—¡Sensacional! Lo malo es que ahora estoy que me caigo de sueño. —Guy largó un bostezo.

—¿Sólo de sueño, sargento...? —sonrió maliciosamente Lucien. Floriot se echó a reír.

—También estoy un poco cansado, lo reconozco.

—¿Ha desayunado, sargento?

—No, no he tenido tiempo, comisario.

—Yo tampoco.

Floriot respingó.

—¿Acaso Monique y usted...?

Lucien asintió con la cabeza.

—También, sargento. Y puedo asegurarle que he pasado la noche más feliz de toda mi vida. No importa que apenas haya dormido. Valió la pena, ya lo creo que sí.

—¡Seguro! —rió de nuevo Floriot.

Entraron los dos en la comisaria, y como allí no tenían noticia de que el asesino de Elke Larson y Britt Dagge hubiese vuelto a actuar, el comisario Arnoux y el sargento Floriot se fueron a desayunar a la cafetería que había justo enfrente de la comisaría.

Lucien y Guy estaban terminando de desayunar, cuando vieron entrar en la cafetería a un tipo alto y musculoso, de manos grandes, fuertes, velludas. Aparentaba unos treinta y cinco años de edad, y tenía una extraña expresión en el rostro.

El robusto individuo desparramó su mirada por el establecimiento, como si buscara a alguien. Apenas posar sus ojos en las figuras de Lucien y Guy, caminó resueltamente hacia ellos.

—¿El comisario Arnoux...? —dijo, cuando alcanzó la mesa que compartían los dos policías.

—Soy yo —respondió Lucien, secándose los labios con la servilleta—. ¿En qué puedo servirle?

—En la comisaria me dijeron que lo encontraría aquí. Me llamo Gastón Peyrac, y he venido a denunciar un asesinato.

Lucien y Guy respingaron a dúo.

—¿El asesinato de una bailarina sueca, a la que mataron de un

disparo en la frente, después de violarla...? —preguntó el primero.

Gastón Peyrac parpadeó.

—¿Cómo sabe lo del disparo en la frente y lo de la violación? ¿Y cómo sabe que Ursula Ran era sueca?

En lo único que se ha equivocado, es en su profesión.

—¿No era bailarina...?

—No, comisario. Ursula Ran era artista de *strip-tease*, y trabajaba actualmente en El Conejo Gris.

—Artista de *strip-tease*... —repitió quedamente Lucien.

—Se amplía el campo de acción del asesino, comisario —masculló el sargento Floriot—. Ya no asalta solamente a las bailarinas suecas, sino también a las artistas de *strip-tease* nacidas igualmente en Suecia. Por si no lo teníamos bastante difícil, el violador nos lo ha puesto más difícil todavía.

—Evidentemente, sargento —suspiró Lucien—. Pero las víctimas siguen teniendo mucho en común. Las tres eran suecas y se exhibían desnudas en el escenario. Bueno, las dos primeras, casi desnudas; la tercera totalmente desnuda.

Gastón Peyrac parpadeó de nuevo.

—¿Hablan ustedes de tres víctimas, comisario...?

Lucien se puso en pie y dijo:

—Se lo explicaremos por el camino, Gastón.

Mientras se dirigían al apartamento de Ursula Ran, en el coche del comisario Arnoux, éste informó a Gastón Peyrac de los asesinatos de Elke Larson y Britt Dagge.

—Los periódicos daban ambas noticias, Gastón —dijo Lucien.

—Yo raramente suelo leerlos, comisario —respondió Peyrac.

—¿Qué relación tenía usted con Ursula Ran, Gastón?

—La conocí hace algunas semanas en El Conejo Gris, me cautivó, y esa misma noche entablamos amistad. La acompañé a su casa, ella me invitó a subir, tomamos una copa, y luego hicimos el amor. Desde entonces, nos hemos visto con regularidad. Ursula me dio una llave de su apartamento. Esta mañana disponía de un par de horas, y decidí pasarlas con ella. Cuando llegué a su apartamento, vi que la puerta no estaba cerrada, sino solamente entornada, lo cual me sorprendió bastante. Entré y fui a su dormitorio, pero Ursula no estaba allí. No había dormido en su

cama, pues estaba hecha. Pero sí estaba su ropa. Miré en el cuarto de baño y... Ursula estaba allí, tendida en el suelo, completamente desnuda, con un horroroso agujero en la frente. Su bata también yacía en el suelo. La bañera estaba casi llena.

—¿Alguna señal de violencia, Gastón?

—No, sólo una copa hecha añicos. Debió caérsele de las manos, cuando el asesino la sorprendió. A Ursula le gustaba beber, mientras se bañaba. Siempre se preparaba una copa, antes de meterse en la bañera, donde solía permanecer bastante tiempo.

—¿Por qué no nos telefoneó desde el apartamento de Ursula, en vez de acudir personalmente a la comisaría?

Gastón Peyrac vaciló.

—Le diré la verdad, comisario. No pensaba denunciar el asesinato de Ursula. Temía que sospechasen ustedes de mí, por el hecho de ser su amante, y abandoné rápidamente el apartamento de Ursula, asustado. Después, lo medité y me dije que debía denunciar el crimen. Y fui a la comisaría. Yo no maté a Ursula Ran, lo juro por lo más sagrado.

Lucien Arnoux sonrió.

—Tranquilícese, Gastón. Nadie va a sospechar de usted. El hecho de que haya venido a nosotros, para denunciar el asesinato de Ursula Ran, demuestra su inocencia.

CAPÍTULO XIII

El comisario Arnoux y el sargento Floriot revisaron detenidamente el apartamento de Ursula Ran, pero no encontraron nada. Sólo la bala que el asesino utilizó para demostrarle a la artista de *strip-tease* que su pistola era de verdad, y que hizo estallar la copa en mil pedazos.

El proyectil fue hallado por Guy Floriot, en el suelo del cuarto de baño. Lo tomó y se lo mostró a Lucien Arnoux, diciendo:

—¿Fallaría su primer disparo el asesino, comisario?

Lucien movió la cabeza.

—Me resisto a creerlo, sargento. Más bien me inclino a pensar que el asesino efectuó un disparo para atemorizar a Ursula Ran y demostrarle que no amenazaba en broma, que estaba dispuesto a matarla si ella no se dejaba violar. Y, puesto que lo único que hemos encontrado roto, es la copa que se preparó Ursula Ran, antes de meterse en la bañera, deduzco que el asesino disparó sobre ella y la hizo añicos.

—Puede que tenga usted razón, comisario —asintió Guy.

El médico forense y el fotógrafo del Departamento habían acudido ya, y ambos estaban cumpliendo con su obligación.

Poco después, el cadáver de Ursula Ran era retirado y trasladado al depósito, en donde le sería practicada la autopsia.

Gastón Peyrac pidió autorización al comisario Arnoux para marcharse, y éste se la concedió, no sin antes pedirle su dirección y su número de teléfono, por si necesitaba ponerse nuevamente en contacto con él.

Lucien y Guy interrogaron a los vecinos de Ursula, pero como ya sucediera en los casos de Elke Larson y Britt Dagge, nadie había visto ni oído nada, por haberse cometido el crimen a altas horas de la noche, cuando todos estaban durmiendo.

Desalentados, el comisario Arnoux y el sargento Floriot

regresaron a la comisaría.

Allí les estaba aguardando Dana Ekland, una de las bailarinas suecas que la noche pasada había contado con disimulada protección policial.

Dana Ekland, tan rubia y tan hermosa como Elke Larson, Britt Dagge o Ursula Ran, trabajaba actualmente en el Copacabana Club, uno de los más lujosos locales nocturnos de París.

—Tengo que hablar con usted, comisario —dijo la bailarina, visiblemente nerviosa.

—Pasemos a mi despacho —indicó Lucien, tomando a la sueca del brazo.

El sargento Floriot entró también en el despacho del comisario.

Lucien rogó a la bailarina que se sentara y luego dijo:

—La escucho, Dana.

—Se trata de Claude Laviro, mi exnovio.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No estoy segura, comisario, pero podría ser el hombre que violó y asesinó a Elke Larson y Britt Dagge. He leído en los periódicos lo que pasó, y tengo la sospecha de que...

Arnoux y Floriot cambiaron su mirada.

El primero preguntó:

—¿Por qué sospecha usted de Claude, Dana?

—Tuvimos relaciones más de un año, comisario. Claude estaba cada día más enamorado de mí, y me pedía insistentemente que abandonara mi trabajo y me casara con él. Yo le iba dando largas al asunto, porque no estaba demasiado segura de desear unirme para siempre a Claude. Me gustaba, y lo pasaba bien con él, pero lo del matrimonio no me acababa de convencer. No hace mucho, conocí a Bernard Valardy y al instante me di cuenta de que me gustaba mucho más que Claude. Se lo dije a Claude y rompimos nuestras relaciones. Claude no quería, y se puso hecho una fiera, llegando incluso a insultarme y amenazarme de muerte. Dijo, entre otras cosas, que todas las suecas éramos unas putas. Así, con esas palabras.

—Evidentemente, Claude odia ahora a las suecas...

—Es lo que yo pienso, comisario. Me odia a mí, porque le dejé por otro hombre, y odia a todas las demás. Sólo porque son suecas, como yo. Por eso, cuando leí que dos bailarinas suecas habían sido

violadas y asesinadas...

—Dos bailarinas y una artista de *strip-tease* —informó Lucien—. Sueca, también. Es, por ahora, la última víctima. La violó y la asesinó anoche, de un disparo en la frente. Como a las otras dos.

Dana Ekland se estremeció y confesó:

—Yo también he hecho *strip-tease*, comisario.

—¿De veras? —Respingó Lucien.

—Sí, me dedicaba a eso cuando conocí a Claude. Lo del baile, vino después.

El comisario Arnoux y el sargento Floriot volvieron a mirarse.

—Creo que es el hombre que buscamos, sargento. —También yo, comisario— respondió Guy.

Por el momento, Lucien Arnoux y Guy Floriot se limitaron a vigilar disimuladamente a Claude Laviron. Dana Ekland les había dicho dónde trabajaba y dónde vivía, así como la marca de su coche, el color, y el número de la matrícula.

Lucien quería atraparlo con las manos en la masa, para que no pudiese negar que era el asesino de Elke Larson, Britt Dagge y Ursula Ran.

El exnovio de Dana Ekland no sospechaba que estaba siendo vigilado por la policía. Por eso no varió sus planes, que no eran otros que seguir violando y asesinando bailarinas y artistas de *strip-tease* suecas.

En su lista de víctimas, naturalmente, figuraba también Dana Ekland.

En el décimo lugar, exactamente.

Y no porque no tuviese prisa por acabar con ella.

Por su gusto, la hubiese matado la primera.

Pero Claude Laviron no era tonto, y sabía que eso hubiese sido un tremendo error, pues la policía hubiera sospechado inmediatamente de él, por tratarse del exnovio de Dana Ekland, el hombre al que ella había dejado porque le gustaba más Bernard Valardy, su novio actual.

Violando y asesinando a otras nueve muchachas suecas antes de hacer lo propio con Dana Ekland, la policía difícilmente podría sospechar de él, pues para entonces ya debía de estar hecha un verdadero lío, con tanto crimen injustificado.

Después de acabar con su exnovia, Claude Laviron pensaba violar y asesinar a cuatro o cinco suecas más, pues, si Dana Ekland era la última que moría de esa manera, ello podría servir de pista a la policía. No era probable, pero, por si acaso...

La cuarta víctima que figuraba en la lista de Claude, era otra artista de *strip-tease*. Claude la siguió en su coche desde el club donde la artista trabajaba hasta su apartamento, esperó en la calle unos minutos, y luego fue por ella.

Claude, como de costumbre, vestía totalmente de negro, y llevaba ocultas la pistola provista de silenciador y la máscara de gorila.

El comisario Arnoux y el sargento Floriot fueron tras él, empuñando ya sus reglamentarios revólveres.

Claude Laviron alcanzó el apartamento de su cuarta víctima, pegó el oído a la puerta, y como no escuchó ruido alguno, extrajo una ganzúa y comenzó a trabajar con ella en la cerradura, muy silenciosamente.

Lucien Arnoux no quiso esperar a que el asesino abriera la puerta, pues podía colarse velozmente en el apartamento, al verse descubierto por la policía, y tomar a la artista de *strip-tease* como rehén, lo cual, lógicamente, dificultaría mucho su captura.

Lucien hizo una indicación al sargento Floriot y ambos se dejaron ver al mismo tiempo, amenazando a Claude Laviron con sus armas.

—¡Quieto, Claude! —ordenó Lucien.

—¡Somos policías! —añadió Guy.

El violador reaccionó como una fiera acorralada.

Se tiró al suelo, extrajo su pistola, y disparó contra los dos policías.

—¡Cuidado, sargento! —gritó Lucien, echándose también al suelo.

Floriot, afortunadamente, le imitó, y ninguno de los dos resultó alcanzado por las balas del exnovio de Dana Ekland.

Desde el suelo, Lucien y Guy dispararon sobre el asesino.

Claude Laviron lanzó un alarido estremecedor y soltó la pistola, quedando muy quieto. Había sido mortalmente alcanzado por los disparos de ambos policías.

Tan mortalmente alcanzado, que falleció apenas tres minutos

después.

Las bailarinas y las artistas de *strip-tease* suecas que quedaban en París, podían respirar tranquilas.

Habían dejado de estar en peligro.

EPÍLOGO

Lucien Arnoux pulsó el timbre del apartamento de Monique Nerval.

La bailarina no tardó en abrirle, envuelta en una delgada bata.

—Te estaba esperando, Lucien.

—Lo sé, por eso he venido, pese a ser más de las cuatro de la mañana. No pude pasar por La Ardilla Roja.

—No importa. Vamos, no te quedes ahí.

Arnoux entró en el apartamento de la bailarina.

Ésta cerró la puerta y preguntó:

—¿Resultó ser Claude Laviron el asesino?

—Sí.

—Cuéntame, Lucien.

Arnoux informó a la bailarina.

Monique comentó:

—Bien, con la muerte de Claude Laviron, terminó la pesadilla. Las bailarinas suecas podrán bailar tranquilas. Y también las artistas de *strip-tease* suecas podrán desnudarse tranquilamente.

Arnoux la enlazó por la cintura, la atrajo hacia sí, y dijo:

—Las bailarinas suecas seguirán bailando, pero a ti se te acabó la cuerda, Monique.

La muchacha pestañeó.

—¿Qué quieres decir, Lucien?

—Que no volverás a exhibirte prácticamente desnuda en el escenario de La Ardilla Roja. Ni en ningún otro escenario.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero.

—Tengo que trabajar, para poder comer.

—Yo te mantendré.

—¿Me estás proponiendo que me convierta en tu amante fija, Lucien?

—Te estoy proponiendo que te conviertas en mi esposa.

—¡Lucien! —Respingó la bailarina.

—Te quiero, Monique, y quiero que nos casemos. ¿Qué me respondes?

—Te respondería que sí, porque yo también te quiero como jamás he querido a ningún hombre, pero...

—¿Pero?

—¿No te avergonzarás de mí, Lucien?

—¿Por qué iba a avergonzarme?

—Por haber salido tantas veces a un escenario, enseñándolo casi todo.

—No me importa lo que hayas hecho, te lo aseguro. Si me importara, no me habría enamorado de ti. Sé que eres una buena chica, y que serás una excelente esposa. Y una madre estupenda, también. Tendremos tres hijos, por lo menos. ¿De acuerdo?

—Todos los que quieras, Lucien —respondió Monique, tan profundamente emocionada y tan inmensamente dichosa, que no pudo evitar que las lágrimas empañaran sus preciosos ojos.

Arnoux la besó tiernamente, la tomó en brazos, y echó a andar hacia el dormitorio, diciendo:

—Vamos a encargar el primero, cariño. Y procura que sea varón, ¿eh?

—Haré lo que pueda, te lo prometo —respondió Monique.

Se echaron a reír los dos al mismo tiempo y así, entre risas y besos, entraron en el dormitorio, para lo del encargo.

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

Precio en España 50 ptas.

